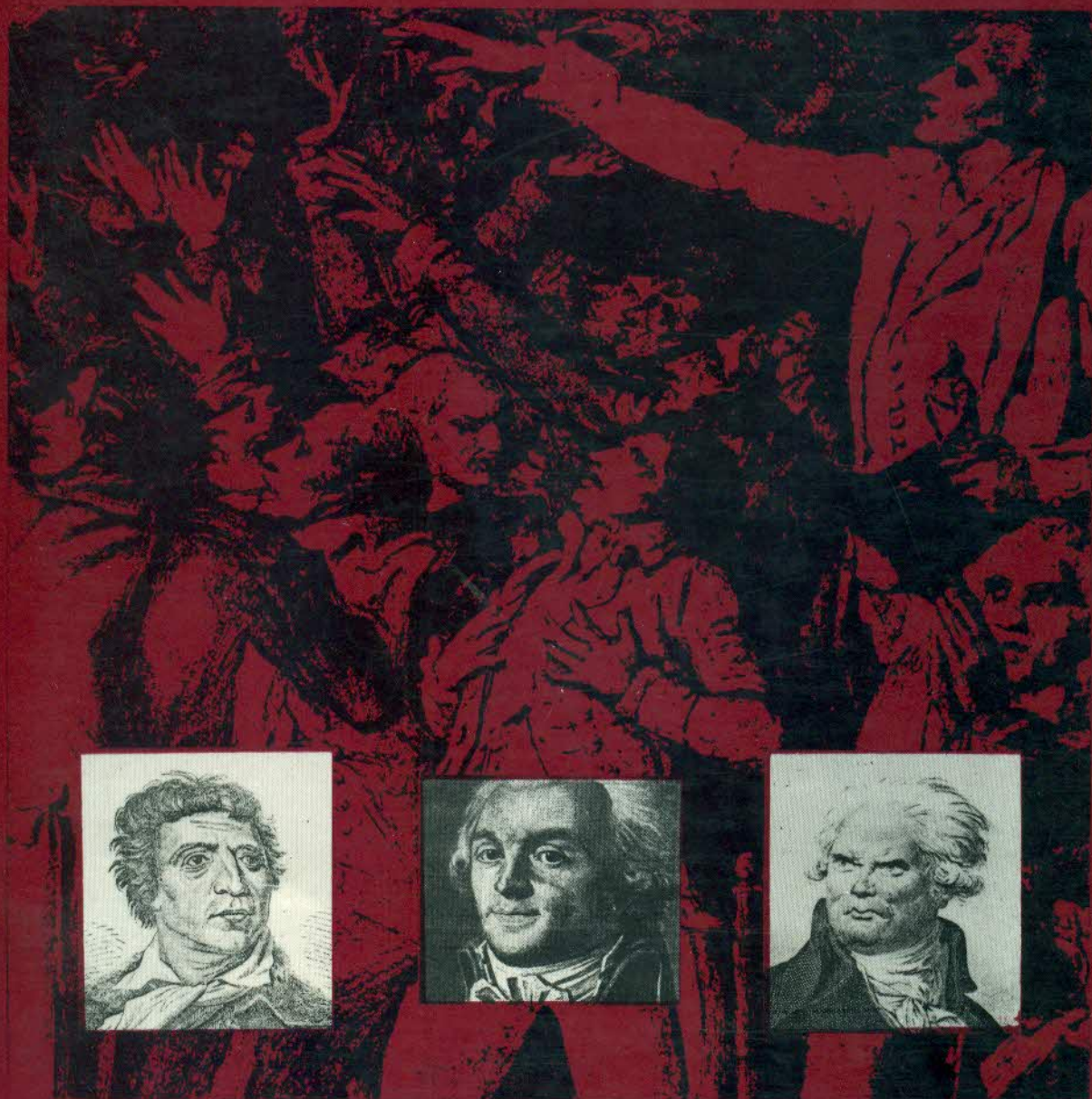


EL 93: REVOLUCION FRANCESA Y JACOBINISMO en la Independencia Americana

Lucía Sala de Tourón Alcides Beretta Curi Germán D'Elía Mario Dotta



EL 93: REVOLUCION FRANCESA Y JACOBINISMO EN LA INDEPENDENCIA AMERICANA
1993, por Universidad de la República,
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República
José Enrique Rodó 1827
Montevideo
ISBN 9974-0-0012-2
IMPRESO EN URUGUAY

PROLOGO

La Revolución Francesa ocupa un singular espacio en el ciclo de las revoluciones burguesas. Su fase jacobina mide el clímax de ese proceso, profundiza en la entraña burguesa de la revolución y se proyecta en el mundo colonial americano.

Es cierto que ese mundo colonial se conmocionó en diversos puntos del dilatado continente y en variados momentos de su historia por rebeliones y acciones de masas ... y las burocracias metropolitanas y de ultramar se inquietaron ante atrevidas propuestas de funcionarios y reformadores. Allí convergen, también, otras vertientes del pensamiento europeo y americano, y los desautorizados ejemplos innovadores de las colonias inglesas y del movimiento jacobino español ... De todos modos, el jacobinismo dotó de un "antecedente" singular a las vertientes radicales de la independencia latinoamericana.

No hay duda de la influencia que el pensamiento y la acción jacobina han tenido en el proceso americano, aun cuando pueda discutirse la magnitud de esa influencia y el sentido de la misma. Por lo pronto actuó como un poderoso instrumento de polarización: si impulsó, fortaleció o contribuyó a vertebrar las acciones de las masas populares y los programas radicales de las revoluciones americanas, actuó, a su vez, como un poderoso aglutinador de fuerzas sociales confrontadas y heterogéneas, y redundó en perfilar tempranamente un pensamiento conservador en el continente. Allí donde la irrupción de masas había adquirido en el pasado innusitada violencia, el pensamiento y la acción jacobina incidieron en definir una férrea atadura de los sectores dominantes al orden colonial.

Este pequeño volumen recoge investigaciones y algunas reflexiones en torno a esta temática. La fecha parece oportuna para atender algunas experiencias y una temática de gravitación indudable en la historia americana.

Por último queremos expresar nuestro agradecimiento al Agregado Cultural de la Embajada de Francia, profesor Daniel Lefort, por el apoyo brindado a la edición de este libro.

LOS AUTORES

EL CARIBE EN LLAMAS: ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO AL JACOBINISMO NEGRO Y LA REVOLUCION FRANCESA

ALCIDES BERETTA CURI

“... el hombre nunca sabe para quien padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá, y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse Tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo”.

Alejo Carpentier *El Reino de este Mundo*

“En definitiva, se puede decir que cuanto más creemos en la vida, cuanto más osadía tenemos, tanto más termina de crearse el universo a su alrededor, en su realidad mística”.

Pierre Teilhard de Chardin, *Carta a su prima Marg* (12/IX/1918)

No es ésta, una historia de las revueltas y revoluciones negras en el Caribe; apenas recoge los acontecimientos más significativos que tuvieron por escenario a algunas de las sociedades coloniales de la región. No es, tampoco, un trabajo de investigación en archivos y sobre materiales inéditos; pretende, a partir de historias locales, reconstruir una historia más general de la lucha de los esclavos negros por su liberación.

La incidencia de la revolución francesa en ese Mediterráneo americano -Francia poseía varias islas en el Caribe- y la exportación ideológica de sus principios democráticos -que agentes y simpatizantes se encargaron de difundir-, alimentó con nueva savia, seculares resistencias y pronunciamientos de los esclavos.

A través de estos movimientos, del precedente independentista de los Estados Unidos, y de los posteriores de las colonias hispano-portuguesas a partir de 1808, era la América Latina toda, la que se incorporaba al ciclo de las revoluciones burguesas.

Revueltas de negros, de "franceses" y "jacobinos" fueron durante varias décadas, parte sustancial de la historia de este continente. Hoy, a dos siglos de la gran revolución europea del siglo XVIII, no parece ocioso re-mirar ese pasado desde nuestra también, crítica y convulsa contemporaneidad.

1. El Caribe: la densa trama de la esclavitud

El área caribeña se constituyó, al llegar el siglo XVIII, en un espacio de peculiares características: zona conflictiva de intereses imperiales de las potencias coloniales europeas y de las aspiraciones, tempranamente manifiestas, de las clases dominantes norteamericanas. Por otra parte se afirmó, en un largo proceso desde el siglo XVI, y particularmente del XVII, una economía de plantaciones asociada al monocultivo para la exportación y al empleo de mano de obra esclava.

Las relaciones sociales en estas culturas se tiñeron tempranamente de desequilibrios raciales afirmándose, rápidamente, el predominio de la población esclava lo que exigió rígidos códigos organizadores del trabajo y un régimen de dominación que significó, en los hechos, verdaderas dictaduras de los plantadores.

Hacia 1763 la población de las *13 colonias inglesas de Norte América* registraban un crecimiento de su población sin significativas rupturas en la relación blancos-esclavos. Desde entonces, y como un fenómeno del sur fundamentalmente, el número de esclavos comenzó a crecer rápidamente. En la década de los sesenta, los negros representaban casi el 10% en Nueva Inglaterra y colonias del centro; en Maryland y Georgia constituían un tercio de sus poblaciones; se aproximaban al 50% en Virginia, elevándose a un 70% en Carolina del Sur¹.

En la década de los setenta, los esclavos aumentaron su presencia hasta un 20% de la población total, si bien la distribución geográfica acrecentó la desigualdad, con un mayor peso en los estados sureños.

La región comprendida entre Maryland y Georgia albergaba unos 550.000 esclavos². Entre 1776 y 1790 su número en los Estados Unidos superó ligeramente el medio millón para elevarse a unos 700.000, si bien un contemporáneo le asignó una cifra algo menor, 600.000³. Siete estados -Nueva York, Nueva Jersey, Maryland, Virginia, las dos Carolinas y Georgia- figuraban con mayores concentraciones; registrándose para estas fechas el incremento más significativo en Maryland -70.000 a 100.783-, Virginia -200.000 a 292.627-, Carolina del Norte -70.000 a 100.783- y Georgia, 10.000 a 29.264⁴. Hacia el fin del siglo, recogiendo datos del padrón de 1799, se estimaba el número de esclavos en 876.626 que equivalían al 22,5% de la población de la Unión⁵; y en 1825, Humboldt registraba para los Estados Unidos una población total de 10.525.000 personas, de las cuales eran esclavos 1.665.000 (15%)⁶.

Desde fines del siglo XVII se afirmó en las *colonias francesas e inglesas del Caribe* la producción azucarera basada en la esclavitud y la consolidación de grandes haciendas, y a la que rápidamente se incorporaron otros rubros reutilizables y de fuerte

exportación: añil, algodón, café y cacao. La necesidad de incorporar creciente mano de obra, y las magras respuestas a las políticas de inmigración, exigió y estimuló el tráfico de esclavos. Al firmarse el tratado de Versalles, en 1783, la población esclava del Caribe reunía, aproximadamente, 1.200.000 personas.

En 1815, para el conjunto de las *Antillas británicas* la población se estimaba en un millón de personas; de la misma, la población blanca (franceses, españoles y fundamentalmente ingleses) no superaban el 10%⁷. *Jamaica*, entre 1778 y 1817 incrementó la población esclava de 205.261 a 346.150, en tanto en 1825, los libres de color eran unos 40.000 y la población blanca 25.000⁸.

Las plantaciones azucareras absorbían, para entonces, el 75% de la población esclava, y hacia la década de 1770 reunían un promedio de unos 200 trabajadores por establecimiento. El número de esclavos creció de tal modo que se encontraban, a mediados del siglo XVIII, en una relación de 10 a 1 frente a los propietarios blancos, concentrándose un 95% en áreas rurales⁹.

Humboldt registraba para las Antillas una población de 776.500 personas en 1825, de las cuales, 626.800 (81%) eran esclavos; y para el conjunto de las islas caribeñas 2.843.000 habitantes, correspondiendo a los esclavos la cifra de 1.147.500 (40%)¹⁰.

Puerto Rico, que desde 1789 gozaba de los mismos privilegios que Cuba para importar esclavos, hacia 1828 contaba con la presencia de 32.000 que representaban alrededor del 10% de la población; y aunque quince años atrás esa proporción fuera mayor, parece exagerada la afirmación de Robin que establece una relación de 4 o 5 esclavos por blanco¹¹.

En *Cuba* la prosperidad del azúcar y del café fueron un importante estímulo demográfico, pero con ciertas peculiaridades: el incremento de la esclavitud no fue acompañado de un retraimiento de la población blanca, al menos hasta fines del siglo¹². Muy avanzada la década de 1770 los esclavos negros representaban casi un 26% con una presencia de 44.000 personas del total de 171.000 habitantes que tenía la isla¹³. Jameson convenía -según cifras oficiales- que entre 1789 y 1799 entraron a la isla 41.500 esclavos, a razón de algo más de 4.000 anuales. Y entre 1799 y la abolición de la trata por España (1817), lo hicieron unos 150.000 más, lo que equivalía a más de 10.000 esclavos por año, en tanto por vía de contrabando ingresaba un 20%¹⁴. El padrón de 1792 registraba 84.500 esclavos, que en 1817 ascendían a 225.000, y en 1827 a 286.942, elevando así su participación del 31% a más del 40% de la población¹⁵. Los datos de Humboldt atribuyen a los esclavos, hacia 1811, alrededor del 35% de la población de la isla¹⁶; por otra parte, la esclavitud cubana presentaba un alto grado de concentración urbana -aproximadamente un tercio- que la singularizaba en el Caribe¹⁷.

La *Capitanía General de Venezuela* desarrolló una economía de exportación centrada fundamentalmente en el cacao, que exigió la incorporación permanente de esclavos africanos concentrados en las grandes haciendas situadas sobre una estrecha franja costera. Los registros de ingresos recorren una gráfica ascendente seguramente hasta el último cuarto del siglo XVIII¹⁸, para decaer luego, si bien la expansión agrícola hace suponer que el ritmo debió ser sostenido¹⁹. Entre 1774 y 1807, se incorporaron a la Capitanía de Venezuela el 13,3% del total de esclavos introducidos en las Indias²⁰.

A las formas tradicionales de ingreso, severamente fiscalizadas, y las nunca imposibilitadas del contrabando -fundamentalmente por Curaçao-, se añadió una vía de escaso peso numérico pero significativa por el temor que despertó: la presencia de plantadores de Saint-Domingue, que después de 1791 se establecieron en la región con sus esclavos, o bien que utilizaron Caracas como mercado para su venta²¹. Los esclavos sumaban alrededor de 100.000 al finalizar el siglo XVIII, para mantenerse entre 1804/1811 con guarismos en torno a los 60.000 y una presencia relativa del 6-8%²².

Hacia 1789, las *colonias francesas del Caribe*, reunían unos 600.000 esclavos, residiendo en *Guadalupe* un contingente de 89.000²³, superado por *Martinica*, y particularmente por *Saint-Domingue*, que ya se aproximaba al medio millón con un peso relativo del 89%²⁴. Entre 1785 y 1789 fueron introducidos desde África a Saint-Domingue unos 150.000 esclavos, en tanto el resto de las colonias francesas de la región no alcanzaron a incorporar 50.000 en el mismo período²⁵. Finalizado el ciclo de las guerras desencadenadas por el Imperio, y devueltas las colonias a su metrópoli, al aproximarse la década de 1820, *Guadalupe* elevaba su población esclava a unos 100.000²⁶; y hacia 1831, en vísperas de la abolición definitiva del tráfico francés de esclavos africanos, junto con *Martinica*, sumaban alrededor de 180.000²⁷.

A fines del siglo XVIII, al producirse la revolución francesa, el número de esclavos para el conjunto de la América se aproximaba a unos 3,5 millones, de los cuales más de 2 millones se concentraban en el Caribe y territorios que lo delimitaban.

Las guerras coloniales del siglo XVIII tuvieron una profunda repercusión en la historia política y social del Caribe: el estado bélico, las transferencias de posesiones, la simple ocupación militar, crearon una situación generalizada de inquietud y de inseguridad durante períodos, si no demasiado prolongados, al menos frecuentes. La ocupación colonial por otras potencias implicó, según el grado de resistencia, represalias personales y hasta confiscación de bienes; situaciones que fueron acompañadas siempre, cuando no precedidas, por fugas y levantamientos de esclavos.

Aún cuando las guerras europeas no se proyectaran localmente en permanentes operaciones militares, e incluso fueron señadas por períodos de paz, las autoridades coloniales utilizaron a menudo prácticas que afectaron los intereses económicos de las posesiones rivales mediante el recurso de admitir a los esclavos fugitivos de colonias vecinas, como libres; así lo practicaron las autoridades coloniales españolas de Santo Domingo respecto a la parte francesa de la isla ya desde el siglo XVII²⁸.

Durante los períodos de luchas con Francia e Inglaterra se reiteraron estas medidas bajo condición de que los esclavos se convirtieran al catolicismo (Reales Cédulas de 1733, 1740, 1750 y 1777). Aunque de poco relevantes consecuencias, algunos ejemplos registrados -en Cuba se refugiaron esclavos escapados de Jamaica y Nassau- pueden no obstante ser ilustrativos del clima estimulante a los pronunciamientos de esclavos.

En la segunda mitad del siglo XVIII, factores externos cobraron especial significación al transformar severamente el mapa colonial americano: los traspasos de dominios como consecuencia de la guerra de los Siete Años (1757/1763) primero, y por la independencia de las 13 colonias inglesas (1775/1783) después, culminando

con la debacle que desencadenó la revolución francesa (1789/1799), las guerras napoleónicas (1799/1815), la independencia de Haití (1791/1804), de las colonias españolas (1808/1824), y de la portuguesa de Brasil (1823).

Así, a la razón más elemental, la resistencia de toda persona o todo pueblo a la opresión -determinante de comportamientos individuales y colectivos de las naciones africanas esclavizadas-, a los malos tratos y escasa alimentación -señalados por las autoridades coloniales y por testimonios de los propios plantadores²⁹-, se añadió el estímulo y las oportunidades brindadas por el contexto internacional en el Caribe y sus proyecciones particulares en cada una de las colonias.

Los esclavos estuvieron siempre al tanto de los acontecimientos -incluso aquellos que se manejaron con el mayor cuidado y secreto, tanto por las autoridades coloniales como por sus propios amos-; conocieron con anticipación medidas a adoptarse, amenazas de ataques externos y de invasiones, a través de un sistema de espionaje y comunicación muy simples y actuaron como masa cohesionados por sus prácticas religiosas, un pasado común extracontinental y sus lenguas africanas.

Por otra parte, en diversas circunstancias fueron utilizados como soldados, frente a peligros en que las fuerzas regulares de las colonias eran insuficientes, lo que facilitó en muchos casos su acceso a las armas y el conocimiento de su manejo; si bien esta última circunstancia fue en lo posible evitada, por los riesgos que suponía. Los plantadores de la región vivieron décadas de profunda alarma y terror, y al intensificar las medidas represivas y de "escarmiento", contribuyeron a su vez, con el miedo, a multiplicar las rebeliones.

Referir a las rebeliones de la población esclava negra, supone abordar un trabajo dificultoso. En primer lugar, la principal fuente de información relativa a las mismas la constituyen los periódicos, procesos, correspondencia, leyes, etc, elaboradas por los propios propietarios de esclavos, sus contemporáneos, las instituciones implicadas en el sistema de dominación ... La población negra, libre o esclava, estuvo en su casi totalidad marginada del acceso a ciertas herramientas de la cultura, particularmente la lectura y escritura: excepcionalmente contamos con testimonios escritos por los propios protagonistas, y a lo sumo por las versiones de éstos filtradas por la interpretación de la cultura dominante*.

Institucionalizada la esclavitud, fue signada desde su más temprana historia por revueltas y explosiones de violencia, pero la dura represión que siempre les siguió, propició formas más sutiles de resistencia de los oprimidos: trabajo a desgano, destrucción de herramientas de trabajo ...³⁰. No obstante, fueron frecuentes las rebeliones y particularmente las fugas con objetivos más o menos claros de vivir individualmente libres en bosques o pantanos próximos, constituir bandas organizadas que subsistían del saqueo de las plantaciones vecinas, o hasta llegar a constituir sociedades marginales con formas más complejas de organización social y de producción. Por miles pueden contarse los ejemplos, que favorecidos por coyunturas

(*) Trabajos procedentes de diversas ciencias sociales han abordado, con diferentes metodologías y objetivos, el rescate de testimonios a partir de documentación existente en archivos, o del trabajo directo con los protagonistas: M. Barnett, J. Pérez de la Riva, E. Burgos, etcétera.

regionales e internacionales, se multiplicaron incesantemente ilustrando una historia no escrita por sus protagonistas.

No obstante, de esta historia que puede seguirse fundamentalmente desde la óptica de los dominadores año a año, cobran particular relieve, el conjunto de acontecimientos enmarcados por el sub-ciclo americano de las revoluciones burguesas. Desde la rebelión de las 13 colonias inglesas, que incisión profunda de la Revolución Francesa mediante, se prolongó de manera significativa hasta el cierre del ciclo de independencia de la revolución latinoamericana. En este caso, 1824 puede resultar una fecha profundamente arbitraria: las revueltas negras se perpetuaron hasta el agotamiento de la institución y su abolición. El testimonio de Lorne cuando recorrió el Caribe y sur de Estados Unidos (1866/1867), es ilustrativo, al constatar, ya en el ocaso del régimen esclavista, la permanencia de las revueltas negras y diversas formas de violencia y pillaje como las "respuestas" que estaban a la orden del día³¹. Desde entonces, las luchas de los trabajadores negros se incorporaron, en otro nivel, a la lucha general de las masas trabajadoras de América Latina.

2. Una época turbulenta: 13 colonias se debaten entre la opresión colonial la democratización social

La revolución de independencia de las 13 colonias fue recibida con alborozo por los esclavos negros. Toda revolución cuestiona las bases de dominación, y la revolución norteamericana no constituyó una excepción. La profunda polémica ideológica* que animó a los hombres que protagonizaron las jornadas de resistencia inicial -antes de que 1775 marcara un viraje en la evolución de los acontecimientos- y particularmente la versión "digerida" que se debatió en el seno de las clases populares; el ejemplo que significó el desacato a la autoridad colonial por parte de la dirigencia criolla, y fundamentalmente la praxis revolucionaria -confiscación de bienes a los enemigos de la revolución, organización de milicias, el surgimiento de instituciones populares de contenido democrático- constituyeron signos evidentes y palpables de "nuevos tiempos". A partir de entonces, y a diferentes ritmos, una revolución burguesa, profundamente *sui generis*, iniciaba su sendero en América.

2.1. Y la revolución va ...

Después de Lexington se tornó difícil volver atrás, y más de un protagonista de tan augustos sucesos que intentó retroceder se vio fuertemente empujado a posiciones que ya no sólo él decidía: las masas irrumpían en la historia, con otra cadencia que la cotidiana de la colonia.

Al iniciarse la revolución de independencia de las colonias inglesas, los esclavos negros siguieron con atención y expectativa los acontecimientos, e identificaron

(*) Sobre los aportes abolicionistas o cuestionadores de la esclavitud destacaron las obras *Rights of the British Colonies* de James Otis (1764); *Oration upon the Beauties of Liberty* de Isaac Skillman (1772); *African Slavery in America* de Thomas Paine (1775); *A Serious Address to the Rulers of America on the Inconsistency of their Conduct respecting Slavery* de David Cooper (1783).

sucesivas instancias del proceso como cuestionamientos al sistema de dominación, como incitaciones a profundizar las transformaciones iniciadas: la libertad casi se tocaba con las manos ... Y aún cuando no fue así, -y la clase de los terratenientes alertó sobre los peligros que entrañaban la prolongación del estado de guerra, la profundización del proceso de liberación de las colonias y hasta el recurso a los esclavos como reclutas para el ejército revolucionario- las masas esclavas hicieron sentir permanentemente su presencia, entroncando con la lucha de otras fuerzas populares por la democratización política y social.

En diciembre de 1775, Washington comunicaba a sus oficiales desde su cuartel general de Massachussets, que permitieran la incorporación al *ejército revolucionario de los negros libres que lo desearan*³². La medida permitió a muchos esclavos fugados pasar por libres e incorporarse a filas; el fenómeno parece haber cobrado tal magnitud, que la Asamblea de Virginia, en 1777, resolvió que no se permitiría el ingreso de ningún "negro o mulato" si no acreditaba el certificado de hombre libre expedido por el juez de paz del distrito donde residía³³.

En los años de tensión que precedieron a la declaración de independencia, se registraron levantamientos de esclavos de diversa índole y proyecciones. En 1774, en el condado de St. Andrews (Georgia); en 1775 en los condados de Beaufort, Pitt y Craven (Carolina del Norte); en 1776, se registraron disturbios de esclavos en Georgia, Pennsylvania y Nueva Jersey³⁴. Pese a un clima de permanente amenaza, en 1779 el gobierno de Georgia se vio obligado a incorporar a los esclavos al servicio militar, medida que recibieron muy bien, pues estaban convencidos de que serían recompensados con la libertad, y costó mucho desarmarlos posteriormente³⁵.

2.2. Una cuestionada divisoria social

Aun cuando la revolución no profundizó en su matriz burguesa hasta consagrar la absoluta igualdad de los hombres ante la ley, y la derrota de las fuerzas democráticas significó la preservación de la esclavitud. Aun así, cuando los esclavos comprendieron que nada podían esperar de esa revolución que nunca sería la suya, amparados en la situación "especial" creada por la guerra de independencia, reiteraron y multiplicaron su comportamiento de hostilidad hacia el régimen esclavista.

En 1779, un esclavo fue detenido en Albany por incitar a la sublevación, en tanto otros, con más éxito, la llevaban a cabo en Elizabeth Town (Nueva Jersey) en junio. Las sublevaciones, espontáneas o con precaria preparación, proliferaron por esos días en diversos estados. Ya en 1780, algunos esclavos reaccionaban frente a estímulos vigorosos de las autoridades inglesas: ofrecerles la libertad. Un complot fue denunciado en el condado de Albany (Nueva York) por la que un grupo de esclavos se preparaban para incendiar la colonia de Half Moon, y en medio del desorden y el pánico, pasarse a los ingleses. Los propietarios de esclavos vivieron durante estos años bajo permanente terror, y allí donde la acción de las fuerzas democráticas fue más permanente y continua, mayor fue la consistencia de la resistencia negra. Entre 1778-1780, el condado de Albany conoció la agitación de unos 4.000 esclavos, extendiéndose en 1779 a Georgia y Nueva Jersey. En 1781 se hizo sentir con cierta intensidad en Halifax (Virginia) y en 1782, el condado de Accomack (Virginia) temió la conjura de

“realistas, británicos y negros”; simultáneamente, la Luisiana atravesó jornadas de agitación por la acción de *cimarrones y negros rebeldes*, hasta bien entrado 1784.

Los movimientos de esclavos negros no pueden ser descontextualizados. Las tendencias radicales avanzaron en vísperas de la declaración de independencia, y una ola democratizadora ganó posiciones en Nueva Jersey y Pennsylvania: en esta última, las presiones populares lograron la extensión de derechos y representación política para las poblaciones del oeste, artesanos y jornaleros. Las resistencias de las clases dominantes al avance democratizador se expresó en el baluarte de los sistemas censitarios, lo que generó la crítica a esta privación de derechos por diversos medios: panfletos, libros y fundamentalmente la prensa. Por entonces, podía leerse en un periódico: *Acaso los artesanos y agricultores no constituyen el noventa y nueve por ciento del pueblo de Norteamérica? Si éstos, a causa de su oficio, deben ser excluidos de la elección de sus gobernantes o formas de gobierno, no sería mejor reconocer la autoridad del Parlamento Británico que está totalmente compuesto por caballeros?*³⁶.

Poco antes de julio de 1776, la movilización de masas había alcanzado significación -pese a la insistencia de cierta corriente historiográfica por minimizarla y restar todo contenido social a la revolución norteamericana-, y enlazaba, en ciertos niveles del desarrollo ideológico y en la combatividad de la calle, con el latente anhelo de las masas de esclavos negros por su libertad. No por casualidad, Joseph Hawley escribía a Adams en abril de 1776: *El pueblo se encuentra ahora a la vanguardia, y el único modo de evitar la discordia y la desunión es golpear mientras el hierro esté caliente. La sangre del pueblo arde demasiado para admitir demoras*³⁷.

2.3. Entre puños y “spirituals”: la visión de un largo y doloroso camino ...

Los esclavos norteamericanos se mostraron hondamente sensibilizados a los acontecimientos que planteaban y replanteaban el tema del abolicionismo. En varios estados, la acción de masas -sociedades como los Hijos e Hijas de la Libertad; sociedades populares de apoyo al boicot o de resistencia a las medidas restrictivas y represivas de la metrópoli; asociaciones de artesanos y trabajadores urbanos, etc- y la prédica de ciertas sectas religiosas -particularmente cuáqueros, metodistas y bautistas- tuvieron una profunda influencia en la conciencia colectiva en rechazo de la esclavitud. En tanto la acción de hombres como Anthony Benezet, Benjamín Franklin y Benjamín Rush, ejerció una influencia benéfica en relación al abolicionismo. En diversos estados de la Unión se presionó para suspender el tráfico de esclavos, manteniéndose Pennsylvania, desde la época colonial, a la cabeza de ese movimiento. Y en 1775 se había creado en Filadelfia la primera Sociedad para Promover la Abolición de la Esclavitud³⁸. Entre 1776 y 1783, diversas medidas fueron adoptadas en torno a la esclavitud: abolición de la trata primero (1776) y posteriormente abolición de la esclavitud (1780) en Massachussets, hasta culminar con su abolición gradual en 1804 en Nueva Jersey, último estado en adoptarla al norte de la línea Mason-Dixon. En tanto otros estados aprobaron medidas que facilitaban la manumisión (Virginia, 1782), y bajo la presión del proceso antiesclavista, numerosos propietarios manumitieron esclavos en Delaware, Maryland y Carolina del Norte³⁹.

Años más tarde, al considerar el texto constitucional norteamericano *-todos los hombres son por derecho natural libres e independientes-* y reparar en la existencia de la esclavitud, un francés que visitó los Estados Unidos en la década de 1830, interpelaba a los norteamericanos sobre esta contradicción: *cómo no estarán en conspiración permanente contra vosotros?*⁴⁰.

Los acontecimientos norteamericanos no fueron indiferentes, aun fuera de fronteras, a los plantadores esclavistas. En 1783, De Rouvray, oficial comandante de las tropas francesas en Saint-Domingue y gran propietario, escribía a su hermano: *una colonia de esclavos es una ciudad amenazada de asalto; se camina sobre barriles de pólvora*⁴¹ ... indudablemente, hablaba con propiedad.

3. El Caribe de negros y franceses: el reverberar de infinitas rebeliones

La Revolución Francesa, que conmovió profundamente la historia europea, estaba llamada a trascender el contorno geográfico del Viejo Mundo, proyectándose en sus aportes ideológicos y sus repercusiones político-militares sobre la historia del mundo colonial americano⁴². La centralidad del caso francés en un ciclo más amplio de las revoluciones burguesas ha merecido la atención de estudiosos⁴³ y un análisis profundo y una elaboración teórica muy sólida por parte del grupo de Leipzig⁴⁴. La existencia de colonias francesas en el Caribe y particularmente la importancia de Saint-Domingue donde la población esclava era dominante, signaría estrechamente esta historia local. Así, ante la turbulencia de los sucesos parisinos y anticipándose preventivamente a próximos, y no deseados, acontecimientos en las colonias, desde Madrid, el 24 de setiembre de 1789, se comunicaba reservadamente al gobierno de Cuba que *algunos individuos de la Asamblea Nacional de París, y entre ellos uno llamado Mr. Cotein que se han propuesto hacer introducir en América un Manifiesto sedicioso para seducir a sus habitantes y sacudir el yugo de la dominación española siguiendo el ejemplo que les da Francia*⁴⁵.

3.1. Los amos piden la palabra

El primer acto de la revolución colonial se produjo en *Martinica*, donde los plantadores blancos armaron a sus esclavos y unidos a los "libres de color" se impusieron a las autoridades coloniales y al núcleo mercantil de Saint-Pierre (agentes de las firmas importadoras de Brest, Burdeos, Nantes). La alianza inicial con los mulatos se disolvió rápidamente, y la lucha de clases se corporizó en una lucha racial: a la matanza de mulatos -desatada el 3 de junio de 1790-, le siguió una exitosa ofensiva de los mulatos del interior en agosto. La insurrección se generalizó en la isla, y los esclavos reclutados por los plantadores se sublevaron, asaltando y quemando las plantaciones⁴⁶. A pesar del desorden en que se sumía la isla, los colonos -grandes plantadores en su mayoría-, constituyeron un gobierno sustitutivo del colonial, cuidadosamente estructurado por una verdadera "constitución" colonial, precursora de similares en otras colonias francesas⁴⁷.

El segundo acto tuvo por escenario *Saint-Domingue*, a iniciativa de las clases dominantes locales -"los grandes blancos"- persiguiendo dos objetivos: autonomía administrativa y liberalización del comercio. Sus aspiraciones tenían un exclusivo

signo clasista al punto que, aprobada por la Asamblea Nacional de París -entre el 8 y el 28 de marzo de 1790-, la igualdad de derechos civiles entre todas las personas libres de las colonias francesas, no sólo se sintieron insatisfechas, sino que se opusieron a toda innovación que de un modo u otro significara "compartir" sus privilegios. Un documento aprobado el 23 de marzo por el gobierno metropolitano autorizaba la constitución de asambleas locales en la colonia, pero no especificaba la participación de los libres de color en ellas.

El 14 de abril, en San Marcos, los "grandes blancos" constituyeron la Asamblea General de la parte francesa de Santo Domingo adoptando un conjunto de medidas que, de hecho, creaban un amplio espacio de autonomía, mayor que el previsto desde la metrópoli -apertura de puertos, atribuciones legislativas a la Asamblea, creación de la Guardia Nacional reemplazante de las fuerzas militares coloniales- y que rápidamente degeneró en un enfrentamiento de la Asamblea con las autoridades de la colonia, obligando a los colonos a reclamar el arbitraje metropolitano.

Los acontecimientos inaugurados por los plantadores quebraron el "orden colonial", abriendo una etapa de "novedades" que, reforzadas por los sucesos de París, movilizaron a la minoría mulata -enriquecida y culta- exigiendo la vigencia del decreto del 28 de marzo. La resistencia de los "grandes blancos" atrincherados en la Asamblea de San Marcos fue determinante de la sublevación de los mulatos, acaudillados por Ogé y Chavannes (octubre). Entretanto, la Asamblea de París declaraba nulas las resoluciones adoptadas por la Asamblea de San Marcos y el 9 de noviembre, el Gobernador General, R. Peynier, era sustituido por Blanchelande.

El año 1791 se inició con la cruenta represión de los grandes plantadores sobre la sublevación mulata: Ogé y Chavannes, derrotadas sus fuerzas, fueron llevados a suplicio público el 21 de febrero, marcando profundamente la conciencia colectiva. La colonia francesa ya no recuperaría la paz sino al cabo de muchos años: los regimientos enviados desde la metrópoli se sublevaron en mayo, instigados por los "grandes blancos" dispuestos a ahogar en sangre todo intento de reforma hacia abajo. Con agudeza, el militar francés Alexandre de Wimpffen, que visitó Saint-Domingue hacia fines de los ochenta, apreciaba *vuestras colonias, tal como están, ya no pueden vivir sin la esclavitud (...) hay que mantener la esclavitud o renunciar a las colonias*⁴⁸.

La intransigencia de las clases dominantes provocó, inicialmente, una alianza de los "pequeños blancos" y de los mulatos. La lucha social ganaba rápidamente espacios, obligando al gobernador Blanchelande a refugiarse en El Cabo. La alianza fue precaria: rivalidades, contradicciones de clase, prejuicios raciales -que el régimen colonial había alentado durante décadas- reversionaron la situación y en el norte degeneró en una recomposición de la "alianza blanca" que convirtió a los mulatos en objeto de represión. La violencia, que alcanzó signos de gratuita crueldad, obligó a los mulatos a organizar fuerzas militares para su defensa; la guerra civil ya estaba presente y, para escapar a sus efectos directos, la Asamblea colonial se trasladó a El Cabo, convertido en sede del gobierno de la isla.

La represión sobre el movimiento mulato también triunfó por entonces en *Martínica*, mientras se producían sublevaciones y hasta el amotinamiento de una guarnición en *Tobago*. La solidaridad de clase impuso a los grandes plantadores de *Guadalupe*

y *Santa Lucía* organizar fuerzas para restablecer el orden en Martinica y Tobago; hacia fines de 1790 ya habían sido derrotadas en el Caribe las demandas mulatas sobre derechos civiles y políticos en las colonias francesas⁴⁹.

3.2. Cuando los Grandes Loas favorecieron las armas negras

El contenido irreductiblemente privilegiado de la acción de los sectores más poderosos de Saint-Domingue sembraba, con su ejemplo de violencia, la irrupción de las masas negras. Más de medio millón de esclavos realizaban una "lectura" de rebeldía e intransigencia, y el 22 de agosto, bajo la dirección de un sacerdote del culto vudú, Boukman, iniciaron una terrible sublevación que exitosamente ganó todo el norte: en pocos días era incendiada una planicie con más de 200 haciendas⁵⁰. La represión realista fue cruenta y logró acotar la revolución de los esclavos en el norte, pero no pudo impedir -pese a la ejecución de Boukman- que bajo nuevos líderes - Toussaint, Jean-François, Biassou y Jeannot- se extendiera hacia el oeste y el sur.

La revuelta de los esclavos fue de tal magnitud, sin precedentes en la historia colonial, que obligó a los amos que sobrevivieron a las jornadas de muerte y saqueo a refugiarse en El Cabo -donde se hallaba el grueso de las fuerzas militares coloniales- e iniciar un largo y accidentado periplo por el Caribe en busca del orden y riquezas perdidos.

El *gran miedo* se introducía en el Caribe estremeciendo el corazón de la esclavocracia. El gobernador Blanchelande envió entonces su Edecán a La Habana para informar a las autoridades españolas de la gravedad de la crisis revolucionaria⁵¹. Un contemporáneo, reflejaba en su correspondencia el impacto de la rebelión en la clase dominante: (...) *la campaña es un montón de cenizas: los demás pequeños lugares de la Colonia, padecen la misma desgracia. De modo que se puede decir que la Colonia toda está a disposición de mulatos y negros libres, siguiendo a éstos los esclavos que ellos mismos hicieron sublevar y queman cuanto encuentran*⁵².

Para hacer frente a la situación, el gobierno francés envió una Comisión con amplias facultades civiles integrada por Saint-Leger, Mirbeck y Roume (diciembre de 1791) que fracasó ante la exitosa expansión de la revolución negra.

El temor al contagio revolucionario y a la acción de los agitadores, llevó a las autoridades coloniales españolas a extremar cuidados. Así, en setiembre 7 de 1791, el gobernador de Santiago de Cuba en oficio al conde de Floridablanca informaba del celo desplegado para *impedir la introducción de franceses y otros extranjeros (...) atento a las turbulentas ocurrencias que se experimentan en la parte francesa de la isla inmediata a Santo Domingo*⁵³. Por esta época, también la Luisiana, aún agitada por los rescoldos de la independencia norteamericana registraba un levantamiento de negros en Punta Cortada, según informaba por carta su gobernador, Estevan Miró, al Capitán General de Cuba, Luis de las Casas⁵⁴.

La cuestión colonial se debatía en los clubes y en la Asamblea francesa; y mientras los plantadores residentes en la metrópoli reclamaban por sus derechos vulnerados, Marat desde "L'Ami du Peuple" los condenaba en nombre del derecho de negros y mulatos (12/XII/1791) (55). Por otra parte, los sucesos metropolitanos se radicalizaban

con la proclamación de la República y la ejecución del Rey, signando los sucesos coloniales.

En julio de 1792 llegó a Saint-Domingue una nueva Comisión -Sonthonax, Polverel, Ailhaud- para aplicar en la isla el decreto de la Asamblea Nacional que consagraba la igualdad política y social de los libertos, y procurando, evidentemente, ganar el apoyo mulato.

Las limitaciones sociales en que se encorsetaba aún la revolución colonial, mantuvieron al margen la revuelta negra -a la que no alcanzaban las leyes de reforma-; sus líderes se proclamaron *gente del rey*, poniéndose a las órdenes de las autoridades españolas de las que esperaban el otorgamiento de la libertad. Los acontecimientos de la isla se revelaban, a esta altura, incontrolables; y no era difícil percibir que en su raíz se hallaba la intransigencia de los *grandes blancos*. Al respecto, en el Informe que ese año elevara el Comisario Sonthonax al gobierno francés puede leerse: (...) *la primera noticia que arriba a la Colonia de la toma de la Bastilla electriza todos los espíritus: todo el mundo quiso ser libre; pero cada uno quiso serlo a su manera: los blancos quisieron ser libres, pero quisieron rechazar de la asamblea a los hombres de color; los blancos quisieron sacudir el yugo de los intendentes, de los gobernadores, de los Consejos superiores, pero rechazaron a los que hablaban de libertad para otros que no fueran ellos; pero quisieron la esclavitud eterna en las colonias y la eterna servidumbre de los negros*⁵⁶.

3.3. Una diáspora temida

Ya en 1792 era significativa la presencia de plantadores de Saint-Domingue en territorios vecinos y de diferentes administraciones coloniales. Muchos de ellos, *refugiados del Cabo Francés* se establecieron en La Habana, convirtiéndose en propietarios de ingenios y se vincularon a los grandes comerciantes, contribuyendo a impulsar la prosperidad de la isla con cañaverales y cafetales⁵⁷.

Los acontecimientos de Saint-Domingue fueron nuevamente pretexto para la acción de las otras potencias coloniales, y en este sentido, el gobernador de la Luisiana, Carondelet, se dirigió al gobierno de Madrid denunciando el apoyo prestado por las autoridades españolas al levantamiento de esclavos de Saint-Domingue⁵⁸. Las evidencias de esta denuncia y los temores acrecentados por los informes particulares y de aquellos que escapaban en medio del espanto, hicieron temer los efectos *contagiosos* de agentes franceses. Ese año, el gobierno de la Capitanía General de Venezuela prohibió el ingreso de barcos franceses en los puertos venezolanos⁵⁹; en instrucciones reservadas al gobernador de Cuba, Luis de las Casas, el gobierno de Madrid instruyó sobre la necesidad de mantener una *estricta neutralidad* frente a las conmociones de Santo Domingo y Jamaica, y sólo en caso extremo auxiliar *discretamente* con víveres y armas a los colonos amenazados por las rebeliones⁶⁰.

La revuelta que día a día se tornaba indomable por su desafiante persistencia animó nuevamente a los esclavos de territorios vecinos, particularmente de los *Estados Unidos*: se detectaron varios movimientos preparatorios y algunas rebeliones en Carolina del Norte; y entre mayo y julio se registraron serios conflictos en Virginia⁶¹, determinando que varios gobiernos estaduales prohibieran la entrada de

esclavos procedentes de América del Sur y de las Indias Occidentales por temor al *contagio revolucionario*⁶².

La fase jacobina profundizó el contenido democrático-social de la revolución, proyectándose sobre la cuestión colonial y el abolicionismo; y Saint-Just consideró el tema en un análisis más amplio -“Las Instituciones Republicanas”⁶³.

Los sucesos europeos sincronizaron con la explosiva realidad caribefia: en febrero de 1793, la Francia revolucionaria había declarado la guerra al rey de Inglaterra, acelerando así la guerra intercolonial, particularmente en el Caribe donde las fuerzas británicas -al mando del almirante Gefrey y del general Cuyler- ocuparon Tobago (15 de abril); en tanto Martinica se conmovía al iniciarse la insurrección de esclavos.

3.4. Por tierras y esclavos bien vale cualquier Corona

El 93 no fue sólo una inflexión en el proceso francés; también signó la insurrección negra en Saint-Domingue. Las fuerzas de los esclavos -bajo los mandos de Jean-François y Biassou, y sus lugartenientes Toussaint, Dessalines y Christophe- lucharon bajo la bandera realista en contra de la República. Obligaron finalmente al enviado de la Convención, Comisario Sonthonax, a proclamar -el 9 de agosto- la abolición de la esclavitud, anticipándose a la propia Convención francesa, y logrando la incorporación de las fuerzas negras a la causa republicana⁶⁴.

Los grandes plantadores de la isla llegaron al paroxismo y enviaron el 29 de abril a Mr. Desombrage, ex Comandante de Jeremie a Santiago de Cuba para propiciar una intervención española en Saint-Domingue sobre términos muy claros: 1. *una protección cierta y eficaz para arruinar los negros rebeldes*; 2. *restablecer el buen orden*; 3. *reintegrar a los ciudadanos en sus posesiones*; 4. *que las propiedades muebles e inmuebles se les conservarán en el estado que las tuvieron y tuvieron antes de la Revolución*; 5. *que se mantendrá la esclavitud de los negros lo mismo que existía antes de la dicha revolución, con una oferta a S.M. Catholica para no innovar en la materia en la jurisdicción francesa de Santo Domingo que les ha dejado poseer y usufructuar, y que desean reintegrarse, y este artículo será el principal del tratado que se hará entre S.M.Catholica y la Colonia de Santo Domingo (...)*⁶⁵.

Finalmente, los grandes plantadores pactaron con las autoridades inglesas de Jamaica la entrega del gobierno de la isla a cambio de la tranquilidad personal y disfrute de sus bienes (noviembre 3). En *Tobago*, también recibieron con alivio a los ingleses en tanto en *Martinica*, con la complicidad de los plantadores, los ingleses desembarcaron el 16 de junio, pero un levantamiento general los obligó a retirarse el 21⁶⁶.

La guerra social se entrelazaba con la guerra intercolonial, y la Comisión enviada por la Convención profundizaba el proceso de incorporación de las masas negras a la causa de la República: el Comisario Polverel proclamó la abolición de la esclavitud en el oeste (setiembre 21) y en el sur (octubre 9). La confrontación social alcanzaba en *Saint Domingue* sus cotas más altas: el 13 de noviembre, los colonos blancos y los libertos se oponían a la liberación general de los esclavos mediante un documento titulado *Resistencia a la Opresión*⁶⁷.

3.5. El Gran Miedo no reconoce Patria

También en 1793 las zonas esclavistas próximas vieron perturbada su "pax social" y sus propietarios vivieron, al decir de más de un contemporáneo, *verdaderos calvarios* ante el temor de los complots y las constantes manifestaciones de odio de sus esclavos: la insolencia, la violencia física, la fuga acompañada frecuentemente de asaltos e incendios, fueron el pan de todos los días.

En los *Estados Unidos*, la preocupación no sólo ganaba a los terratenientes esclavistas; también encontró expresión en figuras políticas e intelectuales de relieve. Con fecha 14 de julio, Thomas Jefferson se dirigía a J. Monroe manifestándole: *Cada día estoy más convencido de que todas las islas de las Indias Occidentales caerán completamente en manos de la gente de color y de que antes o después asistiremos a la expulsión total de los blancos. Es hora de prever sangrientas escenas que evidentemente nuestros hijos -y probablemente nosotros también (los que estamos al sur del Potomac)- tendrán que soportar, y tratar de impedirlos*⁶⁸. Ese año, el gobierno de Georgia prohibió, por seguridad, la entrada de esclavos desde Florida y las Indias Occidentales y un blanco de Richmond (Virginia) denunciaba haber sorprendido a un grupo de esclavos preparando una insurrección, y a quien parecía el líder decir a sus compañeros *Mirad como en la isla francesa los negros han acabado con los blancos y se han apoderado de ella hace algún tiempo*⁶⁹. El 25 de noviembre, en el mismo estado, el Comandante de Milicias de Warwick, solicitaba al gobernador refuerzos en armas ante la inquietud que había ganado a los esclavos, y por los varios intentos de insurrección descubiertos a tiempo y animados todos ellos por los sucesos de "La Española"⁷⁰.

Los terratenientes sureños estuvieron sumidos en el pánico, y tanto la prensa como la correspondencia particular en Carolina del Sur, registran la insistente denuncia de que los esclavos traídos por los plantadores que huían de Saint-Domingue se dedicaban a sembrar el descontento, promover insurrecciones, e incluso intentaron forzar un polvorín⁷¹.

También el entonces Secretario de Estado, Thomas Jefferson, en nota al gobernador de Carolina del Sur, John Drayton, se hacía eco de los temores más o menos infundados respecto a la acción subversiva de agentes franceses en el Caribe y sur de los Estados Unidos: *Es mi deber ponerlos al tanto de esta información, aunque no puedo decir que esté completamente seguro de ella. Un caballero francés, refugiado en Santo Domingo, me informa de que otros dos franceses, también de Santo Domingo, llamados Castaing y La Chaise, están a punto de salir para Charleston con el propósito de instigar una insurrección entre los negros. Dice que forma parte de un plan general, concebido por el partido brissotino de París, cuya primera fase ya se ha realizado en Santo Domingo. Si bien Jefferson no daba mucho crédito a su informante, describía los dos sospechosos y dejaba a criterio del gobernador las medidas a adoptar*⁷².

Luisiana vivió en 1793 una fuerte sacudida por la tensión de los esclavos, y cuando España declaró la guerra a la Francia revolucionaria se evitó un estallido revolucionario mediante fuertes medidas represivas sobre los negros y también sobre numerosos blancos ganados por las nuevas ideas⁷³.

3.6. El último hálito del jacobinismo francés en el Caribe

La profundización del proceso revolucionario bajo la presión de los acontecimientos de *Saint-Domingue* culminó con el decreto de abolición de la esclavitud en las colonias (febrero 4 de 1794). Los ejércitos negros, bajo la dirección de Toussaint, lucharon desde entonces al servicio de la República para combatir a los ejércitos ingleses, españoles, realistas y de los grandes blancos. Los ingleses tomaron Puerto Príncipe, pero fueron expulsados por Rigaud de Leogane. Mientras la guerra civil continuaba, Toussaint adoptó un conjunto de medidas conducentes a reorganizar el trabajo y la producción en la isla ley agraria y reglamentos de trabajo, con marcados resabios coloniales: la revolución anticolonial y antiesclavista, en la "cuestión agraria" anunciaba el drama de una barrera insalvable.

En 1794, la onda expansiva de la revolución ganó *Granada* con un levantamiento de esclavos negros, mulatos y *blancos sin propiedad* que lanzaron una proclama colocando a los franceses fuera de la ley y confiscando sus propiedades⁷⁴. De allí se extendió a *San Vicente* y nuevamente a *Martinica*.

La acción de las fuerzas navales británicas al mando del general Ralph Abercrombie lograron sojuzgar el levantamiento de Granada y en Martinica, contando con el apoyo de los grandes plantadores (febrero). Se evitó un estallido en *Santa Lucía* mediante la ocupación militar (2/4 de abril); en ésta, la influencia de las ideas revolucionarias ganó a los sectores de pequeños plantadores que constituyeron el núcleo sobre el que Víctor Hugues, representante de la Convención, organizó la resistencia a los ingleses y al que se sumaron los grupos de cimarrones refugiados en los bosques, acrecentados continuamente por insurrecciones de esclavos.

No obstante, la acción de la flota inglesa continuó con éxito: el 10 ocupaban el islote de los Santos, y entre el 11 y el 21 Guadalupe, si bien recuperada por una flota francesa que arribó al mando de Víctor Hugues.

3.7. Un Thermidor sin inmediatas proyecciones

La revolución en Francia cerraba su etapa jacobina en Thermidor -agosto 27 de 1794-, pero sus efectos serían más tardíos en la convulsa historia colonial. La reorganización de las fuerzas más reaccionarias, representadas por los plantadores y los intereses de la burguesía mercantil colonial, se conjugó con la acción e intereses de las potencias coloniales. El Ministro Godoy, dio orden en 1794 a las autoridades de Cuba para que prestaran ayuda que no resultara gravosa a los colonos franceses de Saint-Domingue para contrarrestar el auxilio franco brindado por los ingleses⁷⁵.

Las medidas preventivas continuaron durante 1794. En la *Capitanía General de Venezuela* se reiteraba por una Real Orden la obligación de los propietarios procedentes de las Antillas francesas a desprenderse de sus esclavos⁷⁶. En los *Estados Unidos* otro tanto hizo la administración de Kentucky⁷⁷; en tanto el gobierno de Georgia ofreció una recompensa de U\$S 5.850 a quien descubriera a los autores de un vasto incendio en Augusta, supuestamente ... negros⁷⁸.

En 1795 la conmoción se había generalizado a la totalidad del Caribe. Los franceses, acompañados del decreto de libertad para los negros lograron adhesiones por

doquier. Fracasaron en una ofensiva sobre *Dominica*, pero Víctor Hugues logró organizar en *Guadalupe* un centro de operaciones para la región; sublevó a los caribes contra los británicos en *San Vicente*, que recién fueron sometidos totalmente al año siguiente.

Jamaica -que medio siglo atrás había concluido una larga guerra de las comunidades cimarronas contra la ocupación británica, obligando finalmente, a las nuevas autoridades a reconocer su existencia⁷⁹- fue sacudida nuevamente por una insurrección de negros cimarrones, que exigió al gobierno colonial traer 40 rastreadores de esclavos prófugos y 100 perros amaestrados en esa tarea, finalizando la represión con la deportación de 600 negros. En *Granada*, los propietarios mulatos al mando de Julien Fedor se sublevaron contra la guarnición inglesa, apoyados por los franceses de *Guadalupe*; y en *Curaçao* se tienen noticias de un levantamiento de mil esclavos negros, pero se desconoce su desenlace⁸⁰.

La *Capitanía General de Venezuela* fue entonces escenario de un episodio *alarmante*. En mayo de 1795 estalló en *Coro* una revuelta de negros loangas o minas -fugados de *Curaçao*, buscaron refugio y libertad en Venezuela, constituyendo en las inmediaciones de *Coro* una comunidad de 400 miembros-, que contó con la adhesión de algunos propietarios blancos y de numerosos mulatos⁸¹. Desde 1790, estaba difundida entre los esclavos de *Coro* la idea de que el rey de España les concedería la libertad, anhelo realimentado por los sucesos de *Saint-Domingue*. La revuelta, iniciada el 10 de mayo bajo la dirección de José Leonardo Chirino proclamó la República, la libertad de los esclavos, la supresión de las alcabalas y estableció la "ley de los franceses"⁸²; conmoviendo la zona de *Coro*, donde residían más de 3.000 esclavos. Fue salvajemente reprimida con la ejecución de decenas de esclavos, y el confinamiento a trabajos forzados de muchos de los implicados, entre ellos niños de 9 años. La correspondencia de las autoridades de *Coro* con las de *Caracas* y *Madrid*, revela sospechas sobre los contactos y comunicaciones escritas de los conjurados con agentes de otras comunidades negras del Caribe; y el Capitán General de Venezuela recomendaba al Justicia Mayor de *Coro* actuar *sin condescendencias ni el menor disimulo* para desbaratar la conspiración⁸³.

También se descubrieron otras conjuras en la *Capitanía General de Cuba*: en *Santiago de Cuba*; y otra en *Bayamo*, liderada por el pardo Nicolás Morales, con el apoyo de propietarios blancos ganados por las nuevas ideas y el ejemplo haitiano: reclamaban reparto de tierras e igualdad de blancos y pardos⁸⁴. El temor a la insurrección de los esclavos fue un poderoso motivo para demorar la emancipación cubana; años más tarde, Dionisio Vives, en carta al Secretario de Estado -abril 23 de 1825- expresaba: *los propietarios que subsisten unidos a la madre patria lo estarán sin variación mientras les acose el temor de perder o exponer sus esclavitudes, que constituyen el nervio primero y más considerable de sus fortunas*⁸⁵.

Alarmado por las noticias vecinas y por las denuncias de rebeliones y estallidos frecuentes de violencia en otros puntos de los *Estados Unidos*. Entre junio y julio, el distrito de *Wilmington* sufrió el hostigamiento de un *cierto número de negros fugitivos, que se ocultan de día en los pantanos y bosques*⁸⁶, obligando al gobierno de *Carolina del Norte* a prohibir la introducción de esclavos.

3.8. La representación de todos los colonialismos

La acción de la flota británica en el Caribe fue la garantía más eficaz para recuperar el orden en la zona: la ocupación militar fue acompañada del restablecimiento de los antiguos propietarios y el doblegamiento de la resistencia negra, reducida nuevamente a la esclavitud. En este operativo, las islas Dominica, Guadalupe, Martinica y Trinidad jugaron roles estratégicos de primer orden⁸⁷.

En 1796, el general Abercrombie ocupó las fortificaciones de *Santa Lucía*, pero recién en 1797 logró vencer la resistencia francesa. El clima reinante en la zona, tendía a generalizar los levantamientos y fugas de esclavos, incrementando, en aquellos lugares en que fracasaban, las fugas a zonas boscosas y pantanosas. La magnitud del fenómeno, obligó al gobierno español de Madrid a aprobar la Real Orden del 20 de diciembre, que constituyó para las colonias hispanas el primer reglamento cimarrón⁸⁸.

Humboldt señala que ante los levantamientos negros de Haití en 1791 y de Jamaica en 1794, creció la preocupación de los hacendados de la *Capitanía General de Cuba*, y la Junta Económica de la isla discutió diversas medidas conducentes a asegurar la paz y el orden⁸⁹. Entre las medidas adoptadas y de carácter preventivo figuraba la prohibición de ingreso a esclavos de refugiados franceses, disponiendo el envío de los ya introducidos, a Florida y Portobelo⁹⁰.

En 1796 fueron las autoridades del estado de *Maryland* las que prohibieron la introducción de esclavos, mientras en la primavera, numerosos incendios asolaron diversos distritos y condados, afectando particularmente Charleston, Nueva York, Newark y Elizabeth, Nueva Jersey, Savannah y Baltimore, sospechándose en el sur de la acción de negros y franceses que *evidentemente intentaban convertir esto en un Santo Domingo*⁹¹.

En *Saint-Domingue*, la revolución se fortalecía obligando al Directorio a aceptar los hechos consumados y reconocer la autoridad de Toussaint, -nombrándolo General de División; quien extendió su autoridad a Artibonite y el oeste, donde predominaban los "antiguos libres". Por su parte, los mulatos del sur, siguiendo el ejemplo de los mulatos de El Cabo, se organizaron bajo el liderazgo de Rigaud: rápidamente emergían las causas de una "guerra de razas".

Las fuerzas británicas continuaron su operativo de "pacificación" en 1797: una expedición partió de Martinica para ocupar *Trinidad*, y afirmar un nuevo punto de apoyo para revertir la situación de insubordinación en el Caribe. El operativo militar supuso la diáspora de buena parte de los hacendados de estas islas y de sus esclavos; sin embargo, Trinidad se convirtió en un refugio obligado de muchos plantadores que escapaban de las colonias francesas, al punto que en 1797 fructificaban 159 haciendas azucareras, 130 de café, un centenar de algodonales y más de 60 de cacao⁹².

En *Saint-Domingue*, los ingleses controlaban San Marcos, Jeremie, Puerto Príncipe, Archaye y Muelle San Nicolás, y apuntaron a un objetivo prioritario: dividir las fuerzas rebeldes, fomentando las diferencias entre Toussaint y Rigaud. El 3 de mayo, Toussaint fue nombrado General en Jefe del Ejército de la República en Saint-Domingue, pero ya antes del retorno del Comisario Sonthonax a París, era el árbitro de la colonia.

Las posesiones españolas se mantuvieron en estos años menos seriamente comprometidas, no obstante, la desconfianza hacia los esclavos de colonos franceses instalados en las mismas. Aunque los temores fueran infundados, se especuló siempre en posibles relaciones con agentes franceses, como sucedió cuando fue descubierta el 12 de julio la conspiración de Gual y España en *Caracas*. En el Informe de la Audiencia de esta ciudad al gobierno de Madrid, se señalaban entre diversas causas de la misma *la residencia en aquellas provincias de muchos hijos y descendientes de extranjeros (...) la admisión en el mismo puerto [en la Guaira] de los emigrados franceses que salieron de la isla de Trinidad cuando fue conquistada por los ingleses*⁹³. La conspiración de Gual y España generó gran alarma a nivel de la administración colonial como de los terratenientes, pues no sólo recogía evidentes postulados de la revolución francesa, sino que en sus "Ordenanzas" proclamaba como uno de sus objetivos, la abolición de la esclavitud⁹⁴.

En *Estados Unidos*, las medidas estatales referentes a prohibición de introducción de esclavos fueron refrendadas por similares del gobierno federal entre 1797 y 1799⁹⁵ y se acentuaron las medidas represivas con la ejecución de varios esclavos responsabilizados de los incendios de Charleston.

La flota británica en el Caribe venía construyendo un habilidoso juego de alianzas de intereses locales e imperiales y sobre reforzadas retaguardias ofrecía una obstinada y exitosa ofensiva a los franceses. Para las fuerzas revolucionarias de la región, y particularmente para la acción de los agentes franceses no fue fácil articular complejos intereses metropolitanos (tanto particulares como oficiales) y coloniales (donde se contraponían intereses de clases y prejuicios raciales), de modo que, salvo la ofensiva lanzada por Víctor Hugues desde Guadalupe, muy pronto la revolución se mantuvo a la defensiva.

3.9. La sombra del terror no se desvanece ...

En 1798, llegó Hedouville a Saint-Domingue, con plenos poderes militares y civiles (mayo 8), en tanto el general Maitland, al mando de las fuerzas inglesas mantenía ocupada parte de Saint-Domingue. No obstante, el avance de las fuerzas reaccionarias parecía siempre comprometido por continuos estallidos y amenazas en los territorios aledaños.

Cuba fue nuevamente escenario de rebeliones de esclavos en el ingenio de Sebastián José Peñalver (agosto) y en el ingenio de Nicolás Calvo de la Puerta (octubre), existiendo sospechas respecto a la acción desplegada por *agitadores extranjeros*⁹⁶. Culminaba entonces el prolongado "pleito" con los esclavos de las minas de Santiago del Prado que tras gozar -de hecho desde 1731- de la libertad, se resistían a ser sometidos, y para evitar que la sublevación se convirtiera en un fogonazo que incendiara la isla, se les otorgó la libertad⁹⁷.

Los *Estados Unidos* no recuperaron un clima de calma, y era tal el convencimiento de que los negros provenientes de los territorios vecinos eran los causantes de tanta agitación, que el estado de Georgia suspendió y luego prohibió todo tráfico de esclavos⁹⁸. En Baltimore, los esclavos introducidos entre 1792/1797 fueron declarados *peligrosos para la paz y el bienestar de la ciudad*, ordenándose a sus amos el

deportarlos bajo pena de detenerlos y ponerlos en venta⁹⁹. En tanto, en Virginia se descubrió en febrero una conjura de esclavos que se proponía incendiar la ciudad y *hacer lo mismo que hicieron en Santo Domingo*¹⁰⁰, por lo que se creyó conveniente establecer la pena capital para aquellos que colaboraran con las rebeliones de esclavos¹⁰¹. En este clima se reforzaron ciertas posiciones de desconfianza con matices xenófobos, y cuando el Directorio gestionó el viaje de una delegación del Instituto de Francia a los Estados Unidos a *fin de fomentar y difundir las ciencias* mereció de John Adams una respuesta muy expresiva: *tenemos ya aquí demasiados filósofos franceses y realmente comienzo a creer o a sospechar más bien, que las academias doctas (...) han desorganizado el mundo y son incompatibles con el orden social*¹⁰².

Estados Unidos e Inglaterra temieron siempre que Francia utilizara las tropas constituidas por ex esclavos negros para lanzar operativos militares sobre el sur de los Estados Unidos y sobre las Indias Occidentales, buscando apoyo en la liberación de los esclavos. Si no era posible someter *Saint-Domingue*, -y a la vista estaba el fracaso militar de la reacción internacional-, era al menos válido neutralizarlo. Estados Unidos e Inglaterra acordaron con el gobierno de Toussaint, en junio de 1799, que aquellas potencias recibirían el privilegio del comercio en exclusiva y el jefe negro se comprometía a que nadie que constituyera un riesgo para los intereses esclavistas de los estados sureños y de las posesiones coloniales del Caribe, saliera de su dominio. Toussaint observó estrictamente el convenio, pese a los proyectos franceses de lanzar un ataque sobre Jamaica y probablemente sobre el sur de Estados Unidos¹⁰³.

Sin embargo, la prensa local norteamericana se refirió en más de una oportunidad a la acción de agentes franceses en el sur¹⁰⁴ y el gran incendio de Frederickburg, en Virginia, fue atribuido a la acción de *incendiarlos*, involucrando así, a negros y franceses¹⁰⁵.

En mayo de 1799, el Virrey de Santa Fe, *Nueva Granada*, daba cuenta a las autoridades de Madrid de una conspiración de esclavos negros en Cartagena de Indias¹⁰⁶; y el 27 de julio, las autoridades de la *Capitanía General de Venezuela* denunciaban la posible invasión de la Provincia de Cumaná por unos mil negros comandados por los ingleses, y que tendría relación con prófugos de la conspiración de Gual, que se hallaban refugiados en Trinidad¹⁰⁷.

La primera etapa de la guerra de liberación de los esclavos de *Saint-Domingue* se clausuraba con un reconocimiento internacional, y un altísimo costo: Inglaterra perdió 45.000 hombres e invirtió 20 millones de libras esterlinas¹⁰⁸ en una guerra de exterminio. Para la ex colonia significó una sangría de profundas consecuencias: la población blanca reducida a unas 3.000 personas, estimando Humboldt para esa época una población total de la isla de 375.000 habitantes.

3.10. Destrucción y ... ¿nuevo orden ... ?

El golpe de estado de 18 de Brumario -noviembre 9 de 1799- traería profundas repercusiones en la historia colonial del Caribe, al reinterpretar el gobierno francés su política en el área. Sus efectos no fueron inmediatos, y en agosto de 1800, Toussaint fue nombrado por Napoleón Gobernador General de *Saint-Domingue*.

En agosto de 1800 el sur de los *Estados Unidos* se vio profundamente conmovido: en el condado de Henrico, Virginia, estallaba la rebelión de Gabriel (agosto 30). Aunque fue preparada con gran secreto, ya a fines de 1799 las autoridades y terratenientes del estado accedieron a rumores muy imprecisos, y el federalista John Rutledge, de Carolina del Sur, denunciaba la existencia de *emisarios* que agitaban la región¹⁰⁹. La rebelión aglutinó alrededor de un millar de esclavos, armados con herramientas de trabajo, bayonetas caseras y escopetas, obligando al despliegue de uno de los mayores dispositivos represivos utilizados hasta entonces en el sur -movilización de más de 650 hombres en armas, solicitud de ayuda al arsenal federal de Manchester, y ejecución en octubre de Gabriel y una treintena de conjurados- y marcando hondamente la memoria de dominadores y dominados. En setiembre, cuando las cárceles de Richmond estaban llenas de esclavos sospechosos, James Callender escribía a Jefferson *se ha descubierto que los incendios que se declararon en Richmond durante estos dos años fueron obra de los negros*¹¹⁰. Las clases dominantes fueron gravemente impresionadas por la rebelión y su red de vínculos armados; y el gobernador Monroe, que entrevistó a Gabriel en prisión, manifestaba: *De lo que me dijo, deduzco que se había hecho a la idea de morir y que no pensaba decir absolutamente nada sobre la conjura*¹¹¹. Un contemporáneo reconocía que de los ejecutados *ninguno ha traicionado su causa*¹¹². El miedo a jacobinos y franceses se acrecentó cuando se tuvo conciencia de que los negros no causaron daño a los franceses residentes en la región y se sospechó con horror que esperaban alguna ayuda de ellos; si bien voces más objetivas se aproximaban a las causas reales: W. Van Murray escribía a J. Adams *sin duda existen causas suficientemente obvias aparte del virus jacobinista para explicar la insurrección de los esclavos*¹¹³.

Cuando Humboldt visitó la *Capitanía General de Venezuela* -julio 1799/noviembre 1800- sorprendió en varias oportunidades, apasionadas conversaciones de los terratenientes criollos sobre temas políticos, donde se insistía en *la dificultad de mantener a los esclavos en la obediencia*¹¹⁴.

En el Caribe, la ex colonia de *Saint-Domingue* ganaba en autonomía bajo la jefatura de Toussaint que, entre enero y febrero de 1801 procedió a ocupar la parte oriental de la isla, proclamando la libertad de los esclavos en ella residentes -unos 24.000- y el acceso de los mulatos a los cargos públicos -unos 60.000-, que representaban aproximadamente la mitad de la población. El 8 de julio, hizo aprobar una Constitución que declaraba a Saint-Domingue colonia francesa, pero sujeta a leyes especiales que aprobaría la Asamblea Central de Saint-Domingue a propuesta del Gobernador.

Por otra parte, Toussaint reforzó las medidas reorganizadoras de la producción agraria -coercitivas del campesinado- que permitieron recuperar las exportaciones, especialmente hacia Estados Unidos. Contó entonces, con la inmediata adhesión de los antiguos colonos y gerentes, tanto de la parte oriental como occidental de la isla. Sin embargo, la irrupción de los ejércitos negros y cierto grado de violencia que acompañó la ocupación de pueblos y ciudades, dejó una "irreparable" impresión en la minoría blanca. Al respecto, los testimonios de época son numerosos y descriptivamente ricos, como la relación de Doña Francisca Valerio *que por la misericordia de Dios*

y a fuerza de muchos milagros de ese Dios omnipotente, hemos escapado con vida- sobre la entrada de las tropas de Toussaint en la colonia española de Santo Domingo¹¹⁵. La opresión sobre los trabajadores rurales -ex esclavos, reducidos ahora a condiciones de servidumbre- se acentuó; la situación se tornó tensa, y en octubre estallaron varias rebeliones campesinas bajo el liderazgo de Moyse -general del ejército del norte y sobrino de Toussaint- pero fueron derrotadas por Dessalines, Christophe y Toussaint, y reprimidas hasta la ejecución de su jefe.

En enero de 1802, la autoridad de Toussaint era calurosamente reconocida por los grandes propietarios blancos y comerciantes que lo recibieron en la ciudad de Santo Domingo. Demorada, sin embargo, la contrarrevolución se organizaba desde Francia mediante un operativo militar al mando del general Leclerc -cuñado de Napoleón-, al frente de unos 23.000 hombres. El 7 de febrero desembarcaron las fuerzas francesas, y desde entonces hasta el 5 de mayo -en que Toussaint aceptó la tregua ofrecida por Leclerc- las tropas negras mantuvieron una heroica y esforzada resistencia. Una guerra a muerte, en la que Toussaint había instruido a Dessalines en estos términos: *no tenemos otro recurso que la destrucción y el fuego*¹¹⁶. Las consecuencias de esta tregua se conocieron inmediatamente: el 20 de mayo, Leclerc restablecía la esclavitud y la trata de negros, según decreto de Napoleón, y en junio Toussaint era tomado prisionero y enviado a Francia. Nadie podía llamarse a engaño, y entre agosto y setiembre, se reorganizaron las fuerzas insurgentes bajo el mando de los generales Petion, Clerveaux, Daut, Christophe y Dessalines. Los ejércitos coloniales fueron hostigados no sólo por los ahora nuevamente rebeldes, sino también por la fiebre amarilla que hizo estragos en sus filas, y víctima de la cual, el general Leclerc moría el 2 de noviembre. Lo prolongado de la guerra y la táctica de *tierra arrasada* aplicada durante buena parte de la lucha de liberación, y particularmente en su última fase, reducían a cenizas a la "perla" de las Antillas francesas.

El Caribe continuó conmovido, y el italiano Mantegazza que viajó por la región en 1803, se refería en varias de sus cartas a la *sanguinaria guerra* que afectaba a Dominica y otras islas próximas, así como a la insurrección que presenció en Guadalupe, cuando las autoridades francesas proclamaron Primer Magistrado de la municipalidad, al Cónsul Bonaparte¹¹⁷. Y Robin que llegó a *Martinica* ese mismo año, percibió *peligrosos gérmenes de discordia en la sociedad isleña*¹¹⁸.

3.11. Bajo el signo triunfante de Ogún

En una reunión de los jefes militares rebeldes -enero 18-, Jean Jacques Dessalines se aseguró el mando de las tropas *indígenas*, y tras la muerte de Toussaint en prisión, la confirmación de su jefatura, con el compromiso de mantener la lucha hasta consagrar la independencia total y la creación de un Estado basado en la alianza de negros y mulatos.

En julio, la derrota de las fuerzas coloniales era un hecho: conservaban tan solo Puerto Príncipe y San Marcos en el oeste, Jacmel en el sur, El Cabo y Muelle San Nicolás en el norte. El 18 de noviembre, en la batalla de Vertieres se decidió la guerra. Las fuerzas libertadoras entraron en El Cabo el 29 de noviembre; mientras Rocham-

beau, al mando de 203 naves francesas abandonaba definitivamente la isla¹¹⁹. Una primera declaración de independencia, fue firmada entonces por Dessalines, Christophe y Clerveaux.

La segunda fase de la guerra anticolonial y antiesclavista cerró a un elevado precio: un tercio de los 500.000 esclavos y libertos que vivían en Saint-Domingue en 1789; para Francia 58.400 hombres y 225 millones de libras esterlinas. Un contemporáneo, percibía así la nueva realidad que se consolidaba: *los negros se hacían soberanos de una tierra que por tanto tiempo había sido funesta a su raza; y los colonos que habían reaparecido en la isla en pos del ejército francés, tomaban otra vez el camino de su destierro: volvían por segunda vez a afligir con el espectáculo de sus desgracias a los Estados Unidos, a la Luisiana, y a las demás playas en donde habían sido recibidos con hospitalidad*¹²⁰.

Aún en 1803, la gran sublevación negra de Saint-Domingue era un estímulo permanente, imposibles de borrar en los *Estados Unidos*: en Natchitoches (Orleans) esclavos asaltaron la plantación de su amo, tomaron armas y se refugiaron en territorio español. Las rebeliones y fugas se extendieron y el gobierno español debió cerrar sus fronteras a la admisión de prófugos¹²¹. En Richmond, varios negros fueron ejecutados acusados de alentar sublevaciones, y en un intento de "linchada" a un grupo de esclavos en Filadelfia, éstos se alentaban a la voz de *enseñémosle Santo Domingo*¹²².

Los esfuerzos de las potencias coloniales por asegurar el orden y la propiedad en el Caribe enfrentaron un doble juego de la Francia napoleónica, enemiga de las alianzas europeas, pero coincidente defensora de los intereses coloniales y de los grandes propietarios. Con la lucidez que otorgan las posiciones de dominio, el general Kerversau expresaba -en una solicitud de ayuda en vísperas del gran desastre- al gobernador de Cuba: *de la feliz y pronta llegada de aquellas tropas depende la salud de la colonia y acaso el de todas las colonias europeas en las Antillas (...) Es imposible disimularlo, los franceses defienden en Santo Domingo la causa de todas las potencias que tienen colonias. Si, por imposible, esta isla acabara por ser el precio de la rebelión y del salteamiento, quién podría refrenar la audacia de los negros exaltados por tal ejemplo?*¹²³.

El 1º de enero de 1804, en Gonaives, Dessalines y los jefes del ejército proclamaron la independencia de la colonia, que desde entonces se llamó Haití ("tierra alta"): culminaba una larga lucha del pueblo haitiano por la independencia y la abolición de la esclavitud.

4. Apocalipsis en Saint-Domingue: clases y Revolución (1791/1804)

Centenares de revueltas de esclavos agitaron profundamente durante década y media el Caribe; mas tan sólo en Haití se perfiló un movimiento suficientemente sólido y exitoso que, imponiéndose a otras contradicciones de clase, jugó sobre un eje que contrapuso dominio colonial e independencia, esclavitud y abolicionismo. Allí, donde la concentración de la tierra y de los trabajadores esclavos había alcanzado su mayor desarrollo, y había madurado el régimen de plantación, el juego de diversos factores permitió imponer ésta, como la contradicción más importante.

El desequilibrio de la población colonial, con un peso tan abrumador de los esclavos frente a los blancos -que el pro-esclavista abogado martiniquense, Moreau de Saint-Mery establecía en una relación de 11 a 1- tornó la irrupción revolucionaria de esta masa, incontrolable. No fueron insignificantes, las contradicciones que enfrentaron a los estratos medios de la sociedad -"pequeños blancos", mulatos y negros libres- con los grandes plantadores de la isla -los "grandes blancos"-; así como a los terratenientes con la burguesía mercantil metropolitana, representada por sus agentes y sucursales en la colonia. Las alianzas circunstanciales entre "pequeños blancos" y "jaunes" (mulatos); entre "pequeños" y "grandes" blancos, se conjugaron regionalmente, sin llegar a constituir un frente perdurable que resistiera exitosamente la rebelión de los esclavos.

No fue menor la incidencia del proceso revolucionario metropolitano -a medida que avanzaba hacia una profundización de su contenido democrático-, que se expresó en un debilitamiento creciente del Estado colonial. Primeramente cuestionado por los "grandes blancos" (1790) -en pro de una liberalización comercial y la conquista de un espacio autonómico mediante su representación en la asamblea colonial- y luego en las reivindicaciones mulatas de igualdad civil y política. La administración y el ejército coloniales se resintieron de conflictos y enfrentamientos armados en los reemplazos de titulares realistas por republicanos; hasta ser finalmente desarticulados en las luchas intestinas que se desataron al interior de las clases dominantes; y la vorágine social que, desde abajo, desbordó el proceso, obligando en 1793 a los Comisarios enviados por la Convención a salvar el régimen colonial francés, concediendo la abolición.

La intervención militar anglo-española propició un corte en el juego de las alianzas -ya de hecho precedida por la gestión de los plantadores ante las autoridades coloniales de Cuba y Jamaica- al provocar la repulsa general de la población.

Por otra parte, esta guerra a "sangre" y "fuego", implicó inicialmente la fuga de muchos plantadores hacia los Estados Unidos y colonias vecinas, en tanto varios miles perecieron a manos de sus esclavos sublevados, implicando prácticamente la desaparición física de las clases dominantes coloniales.

Cuando, aprovechando el respiro de la paz de Amiens, Napoleón impulsó el viejo proyecto de recuperación colonial -que la burguesía francesa desesperadamente exigía, acompañada por los despojos vivientes de aquella fenecida clase de los plantadores caribeños- existía en la isla un poder revolucionario suficientemente consolidado como para resistir un operativo recolonizador.

Como toda revolución, la haitiana fue una "hacedora" de clases. La prolongación de la guerra derivó el ejército a una centralidad creciente que no se agotó en la derrota definitiva de las fuerzas coloniales y la proclamación de la independencia (1791/1804): en los años siguientes no se disipó el temor de una restauración colonial en la zona, obligando a los gobiernos de Dessalines y Christophe particularmente, a desviar crecientes recursos nacionales hacia el mantenimiento de importantes efectivos militares y la construcción de grandes obras de fortificación. Los altos mandos del ejército promovidos por el estado bélico, retuvieron una gran capacidad de decisión sobre el conjunto de la sociedad, y una vez constituido el Estado

independiente de Haití, nutrieron la administración superior, central y regional. Así, el ejército se convirtió en un canal para el ascenso social, y para la constitución y sostén de una nueva clase dominante: una embrionaria burguesía mercanti -los *bord-de-mer*-, una nueva clase terrateniente -a la que se incorporaron gestores y administradores estatales, “antiguos” y “nuevos” libres, altos mandos del ejército- y una reducida burocracia estatal, integrada por los escasos elementos cultos.

EL régimen esclavista se hundió, alumbrando una nueva sociedad sin esclavos; no obstante, la guerra revolucionaria primero y el peligro recolonizador luego, avanzó la militarización de la sociedad y la subordinación de las masas negras en la constitución de un nuevo sistema de dominación.

5. El freno, en la revolución negra, a la democratización social: la “cuestión agraria”

La revolución haitiana, detonó con una violencia destructiva sólo comprensible por el odio secular que animaba a los esclavos: el levantamiento inicial sumió en el fuego, en pocas semanas, toda la llanura norte, afectando a unas 200 plantaciones y aproximadamente el 20% de la producción de la colonia. En menor grado, también otras regiones fueron presa de las llamas: las haciendas del Artibonite, la planicie de Cul-de-Sac, y los alrededores de Jeremie y Los Cayos. Se vieron menos seriamente comprometidas las zonas montañosas -donde prosperaban pequeñas y medianas haciendas cafetaleras- y los alrededores de Muelle San Nicolás, ocupado por los ingleses¹²⁴.

A la destrucción iniciada en 1791, se sumó el desbande de los esclavos, los desplazamientos de población hacia centros urbanos, el abandono de las haciendas, la incorporación creciente de trabajadores negros al ejército revolucionario; las dificultades de las autoridades coloniales -tanto realistas como republicanas- para imponer el orden; los trastornos generados por la acción de las fuerzas de ocupación de otras potencias coloniales -inglesas y españolas-, ... conjunto de factores que impidieron reorganizar la producción y recuperar las cifras de los prósperos años anteriores. Entre 1794/1796, tomando como referencia los valores del año 1789, las exportaciones de azúcar representaban el 2,79%, las del café 6,51%, el algodón 1,54% y el añil el 1,15%¹²⁵.

El derrumbe fue el resultado de la destrucción de la riqueza de Saint-Domingue, que al momento de la insurrección contaba con las más importantes inversiones en la producción de todo el Caribe. La magnitud de la destrucción de las instalaciones en plantaciones e ingenios fue irreparable, al menos por muchos años; la fuga de plantadores hacia territorios vecinos, representó una sangría, pues muchos de ellos lograron escapar con buena parte de sus capitales. En fin, el gobierno revolucionario, particularmente desde la imposición de la autoridad de Toussaint en la isla, se encontró carente de recursos y con crecientes obligaciones para financiar la guerra, y obtener desde el exterior particularmente a través de los comerciantes y abastecedores norteamericanos- armas y municiones para asegurar la independencia. Se hacía imprescindible recuperar la producción, particularmente la azucarera, y aquí “el jacobinismo

político e ideológico se estrellaba contra las fronteras de una estructura colonial basada en la dependencia¹²⁶.

Detrás del encumbramiento de Toussaint estaban presentes los sectores medios de color, los "antiguos libres", la fracción "jaune" de plantadores, la oficialidad de color que encontró en las armas una vía para constituirse en nueva clase. Y al decir de Pierre-Charles, Toussaint "tuvo el genio de asociar a su gloria de gran estratega militar una comprensión perfecta del papel que exigió la necesidad de conciliar en el plano económico e institucional las reivindicaciones contradictorias de su clase"¹²⁷. Toussaint fue un "contemporizador" que intentó integrar esta nueva clase que fraguaba con los "grandes blancos", a quienes ofreció garantías sobre sus personas y bienes, y a quienes restituyó sus haciendas sin grandes formalidades¹²⁸.

Los Comisarios enviados por la Convención, Sonthonax y Polverel, tras proclamar la abolición de la esclavitud en la colonia, propendieron a construir una alianza de clases que restableciera una dominación, de nuevo cuño, sobre las masas negras insurgentes y restañara los deteriorados lazos de dependencia colonial. Diversas disposiciones adoptadas, que recordaban en muchos aspectos al Código Negro, redujeron a los trabajadores rurales a condiciones de servidumbre. Sin embargo, las medidas efectivas fueron adoptadas por Toussaint, y se fueron imponiendo sobre la marcha del ejército libertador. El bando de 1795 (marzo 22), garantizaba *la conservación de la propiedad de los ciudadanos* (art.2) y declaraba *el trabajo es necesario, es una virtud; es el bien general del Estado. Todo hombre vagabundo y ocioso será detenido y castigado por la ley* (art.6)¹²⁹.

Los bandos de 1798, para la parte española de la isla, y posteriormente para la parte francesa, regulaban las funciones de los gerentes, administradores y los trabajadores, estableciendo funciones y sanciones a las infracciones¹³⁰.

El bando de octubre 12 de 1800 ordenador del trabajo, implicaba una verdadera militarización: *gerentes, capataces y campesinos, debéis conducirlos como si fuérais oficiales y soldados. Un soldado no puede abandonar su compañía, batallón o brigada para incorporarse a otro grupo, sin consentimiento de sus superiores. Así también, el cultivador tiene prohibido dejar su plantación e ir a otra parte sin permiso legal. Al presente vienen y van, abandonando su trabajo. Ordeno enfáticamente que todos los administradores, capataces y campesinos atiendan sus obligaciones tan exactamente como si ellos fueran miembros de las fuerzas armadas*¹³¹.

La Constitución, proclamada el 8 de julio de 1801 -y que definía a Saint-Domingue como parte integrante del imperio francés- contenía en su articulado conceptos muy claros sobre las nuevas relaciones sociales. El art. 15 definía la hacienda como *una manufactura que exige una reunión de cultivadores y obreros* y reconocía al propietario, o a su representante, el carácter de *padre de esa familia activa y constante* que trabajaba en la plantación¹³².

Obviamente, la revolución generó un desorden jurídico respecto a los títulos de propiedad. De los 40.000 blancos que vivían en la colonia en 1789, en 1800 apenas alcanzaban a la cuarta parte. Además, fueron precisamente los miembros de este sector floreciente de plantadores, los grandes ausentes en estos años, y sus haciendas

pasaron a manos de gerentes, administradores, libertos, en su mayoría miembros de la oficialidad del ejército revolucionario¹³³. Durante el gobierno de Toussaint se adoptaron medidas efectivas para impedir la partición de la gran propiedad, prohibiendo la constitución de unidades productivas inferiores a 50 hás.¹³⁴ y Pierre-Charles enfatiza en este aspecto como facilitante del tránsito de un sistema de producción a otro, sin grandes conflictos¹³⁵.

El trabajo se reglamentó estrictamente, dedicando los trabajadores unas doce horas diarias a las faenas agrícolas (de 5 de la mañana a 5 de la tarde). La mano de obra era remunerada en productos de la tierra, de acuerdo a un criterio que reservaba dos cuartas partes para el propietario, un cuarto para el Estado y un cuarto para el trabajador, y que algunos estudiosos han valorado como característico de un feudalismo o semifeudalismo americano¹³⁶.

El régimen de Toussaint levantó crecientes resistencias en los trabajadores rurales. Aquellos que se habían instalado en tierras abandonadas y practicaban una agricultura de subsistencia fueron compelidos a incorporarse a las grandes fincas que se reactivaban; y como la reacción natural de la población negra fue la resistencia o la fuga, fue sometida a una verdadera militarización: desde entonces, y durante varias décadas, el trabajo rural fue vigilado por el ejército. La oposición a esta nueva servidumbre que nacía con la revolución, y que en mucho recordaba a la esclavitud colonial, fue estallando en continuos motines, hasta cuajar en el sur en un movimiento de mayor significación que encontró su liderazgo en el general Moïse. "Pero el verdadero problema era más profundo: liberación de esclavos no quería decir liquidación del latifundismo"¹³⁷.

El conjunto de medidas señaladas y la oposición general que concitó a nivel de masas desplazó hacia el ejército la resistencia al operativo militar de Napoleón: las masas desmovilizadas bajo Toussaint restaron respaldo al gobierno, lo que explica el rápido éxito de Leclerc.

La guerra antifrancesa de 1802/1804 devaluó las contradicciones entre jaunes y negros, acentuando el matiz anticolonial y el odio al ocupante extranjero. Con la derrota definitiva del ejército colonial y el ascenso de Dessalines, se impuso una tendencia de tono radical y antifrancés: *El nombre francés todavía agobia nuestras regiones [...] Sabed que no habéis hecho nada todavía si no dáis a las naciones un ejemplo terrible pero justo, de la venganza que debe ejercer un pueblo orgulloso de haber recobrado su libertad y celoso de mantenerla*, expresaba el líder negro¹³⁸. Ese radicalismo alcanzó sus más altas expresiones en el texto constitucional *-jamás un colono o europeo pisará el territorio de Haití a título de amo o propietario*¹³⁹ - y en la represalia, que por orden de Dessalines, se desató sobre la población blanca, excepción de polacos y alemanes, que habían mirado con simpatía el levantamiento negro.

Entre 1796 y 1801, la economía de exportación había logrado cierta recuperación, para evidenciar una sensible caída hacia 1804. Nuevamente, la guerra había afectado la agricultura, fundamentalmente la producción azucarera. El tema agrario mantenía su perdurable presencia, tangible en el decreto del 2 de enero de 1804 que liquidaba la *propiedad colonial* y afirmaba que ella *pertenece a la población haitiana*¹⁴⁰.

Las tierras pertenecientes a propietarios extranjeros fueron confiscadas y pasaron a integrar la *Administración de los Dominios del Estado* -medida que fue confirmada por la Constitución del año 1805-; y aún cuando se abrió una instancia que permitía a mulatos y mestizos que alegaran descendencia ilegítima de antiguos plantadores heredar sus haciendas, entre el 60 y el 90% de las tierras fueron integradas a los *Bienes Nacionales*¹⁴¹. Un viajero inglés -comandante de un barco estacionado en Jamaica- que visitó Saint-Domingue por esta época, confirmaba que *la mayoría de las plantaciones estaban en manos del gobierno, confiscadas, pero arrendadas por una renta anual. La renta era por lo general fijada de acuerdo con el número de campesinos, sin tomar en cuenta la extensión del terreno*¹⁴². En la medida que esta política se acentuó, fue generando resistencias crecientes de aquellos que, encaramados en la revolución, aspiraban a convertirse en propietarios.

El incremento de las propiedades estatales no fue acompañado, sin embargo, de un crecimiento económico: la carencia de recursos del propio Estado para invertir en la producción; la destrucción de buena parte del aparato productivo por efectos de la guerra, y la falta de capacitación de la antigua mano de obra esclava, estaban en las bases de ese fracaso¹⁴³.

La resistencia de Dessalines a las presiones de administradores, gerentes y apropiadores por la vía del hecho y del poder -*Hemos hecho la guerra para los otros. Antes de la sublevación, los hombres de color, hijos de blancos, no recibían la herencia de sus padres. ¿Cómo es que después de haber expulsado a los colonos, sus hijos reclaman sus bienes?, y ¿los hombres negros cuyos padres están aún en Africa, no han recibido nada? Atención, negros y mulatos: los bienes que hemos conquistado derramando nuestra sangre, pertenecen a todos y quiero que sean repartidos con toda equidad*¹⁴⁴- alerta sobre un probable programa agrario, fundado en la pequeña y mediana propiedad volcada esencialmente a una economía de subsistencia, y en los grandes fundos del Estado que atenderían la agricultura de exportación.

Los bandos indagatorios de los títulos de propiedad -julio 24 de 1805; setiembre 1 de 1806- que apuntaban a controlar que los bienes de los ex colonos no se retuvieran en manos privadas, fue generando una creciente oposición entre quienes, al amparo del poder revolucionario, alegaban derechos incuestionables. Particularmente en el sur -donde Dessalines envió a su íntimo colaborador, Ingifac- esa oposición fue creciente y se consolidó, detonando en la rebelión militar que lo derrocó.

La "cuestión agraria" continuó agitando la historia haitiana en años siguientes. El reino del norte, bajo Christophe, consolidó a "sangre y fuego", una nueva clase terrateniente ennoblecida: amos negros y siervos negros conformaban una nueva sociedad, ahora sí, sin la presencia de odiosos extranjeros. La república del sur, bajo Petion, abrió una brecha en el sistema de grandes predios mediante asignaciones de tierras a oficiales y soldados de la guerra de independencia ... tímido esfuerzo por una democratización social, que no quebró la hegemonía de los, también nuevos, grandes propietarios del sur.

La revolución, nacida jacobina, carente de un sustrato burgués, alcanzó rápidamente los límites de sus posibilidades. La irrupción de las masas esclavas, como protagonistas de primera fila de esta historia, durante varios años, rozó el espacio de

un mundo burgués que abría enérgicamente, entre avances y retrocesos, su camino en el Viejo Mundo; pero que, en la América colonial, aún no había madurado su alumbramiento; "mientras que en Francia con el jacobinismo se desarrolla la dimensión completa de la revolución democrático-burguesa y hasta se tocan sus límites de clase, en Latinoamérica se necesita una decisión jacobina para acometer siquiera la revolución burguesa, tanto en sentido socioeconómico como en su significado de institución política. Esta paradoja proviene del hecho de que los elementos criollos aristócratas, que marcaban el carácter de la revolución, permanecían todavía en los inicios de las transformaciones burguesas"¹⁴⁵.

Las historias de las rebeliones negras no se agotaron ... En 1816, *Barbados*, con una geografía insular que la había sustraído, junto a otras posesiones británicas de las Indias Occidentales, de posibles éxitos antiesclavistas fue el escenario de una fugaz experiencia. Desde el siglo XVII, la producción tabaquera había sido reemplazada por un ciclo azucarero que, sobre la gran hacienda, había generado una creciente demanda de esclavos negros. La resistencia de los terratenientes a la legislación británica sobre esclavos, hizo concebir a éstos expectativas de libertad, expresadas finalmente en una violenta acción que hizo presa de las llamas grandes extensiones de cañaverales¹⁴⁶. ... Precedida por los álgidos acontecimientos de 1790/1804, el efímero y violentamente reprimido episodio de Barbados enlaza con otras historias similares que proliferaron a cientos en la región, trascendiendo el subciclo de las revoluciones americanas enmarcadas en el más amplio de la revolución francesa y el Imperio.

Los movimientos de "negros", "franceses" y "jacobinos", fueron los "frutos prematuros" de una historia. No debemos percibir en ellos, sin tropezar con prejuicios y conceptualizaciones del presente, la "causa de los perdedores" como nos los presentan algunas historias en circulación ... sí un relámpago en la larga y fatigosa historia de la emancipación de los pueblos americanos.

NOTAS

1. T. Bark-H. Lefler, *Colonial America*, New York. The Mc Millan Co., 1958; p. 280.
2. H. Aptheker, *Historia de la revolución norteamericana*, Bs.As. Ed. Futuro, 1965; p. 210.
3. M. Chevalier, *Lettres sur l'Amérique du Nord Paris.*, Libraire de Ch. Gosselin, 1837; p. 232
4. S. E. Morison-H. S. Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, México. Fondo de Cultura Económica, 1951. T. I, p. 249.
5. M. García de Sena, *Historia concisa de los Estados Unidos desde el descubrimiento de la América hasta el año 1807*, Philadelphia, 1812; p. 314.
6. A. von Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, La Habana. Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana, 1959; p. 104.
7. R. Borja, *Liquidación del colonialismo en América*, México. Ed. Azteca, 1958; p. 80.
8. G. Roberts, *The population of Jamaica*, Londres. Cambridge, 1957; p. 36/39, 41.

9. H. Klein, *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid. Alianza América, 1986; p. 44.
10. H. von Humboldt, *Ensayo político ...*; p. 103/104.
11. C. C. Robin, *Voyage dans l'interieur de la Louisiana, de la Floride Occidentale, et dans les isles de la Martinique et de Saint-Domingue, pendant les années 1802, 1803, 1804, 1805 et 1806. Contenant de Nouvelles Observations sur l'Histoire Naturelle, la Géographie, les Moeurs, l'Agriculture, le Commerce, l'Industrie et les Maladies de ces contrées, particulièrement sur la Fievre Jaune, et les Moyens de les prevenir*, Paris. Chez F. Buisson Libraire, 1807. T 1, p. 244.
12. N. Sanchez-Albornoz, *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Madrid. Alianza Editorial, 1977; p. 154.
13. H. Klein, ob. cit. p. 66.
14. Carta no. 2 de Francis Robert Jameson en: R. Pérez de la Riva, *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*. La Habana. Ed. de Ciencias Sociales, 1981; p. 86.
15. Ramiro Guerra y Sanchez et al., *Historia de la nación cubana* La Habana, 1952. T. III, p. 185/195.
16. A. von Humboldt, *Ensayo político ...*; p. 103/104.
17. H. Klein, ob. cit., p. 70.
18. Brito Figueroa, *Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana*, Caracas, 1961; p. 110 y 137.
19. M. Izard, *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela, 1777/1830*, Madrid. Ed. Tecnos, 1979; p. 55 y ss.
20. M. Izard, *El miedo ...*; p. 58.
21. J. Callahan-J. William, *La propaganda, la sedición y la revolución francesa en la Capitanía General de Venezuela, 1789/1796*, Caracas. Fundación Bulton, 1967; p. 193.
22. M. Izard, *El miedo ...*; p. 176.
23. H. Klein, ob. cit., p. 74.
24. R. Pattee, *Haití, pueblo afro-antillano*. Madrid. Ed. Cultura Hispánica, 1950; p. 52.
- C.C. Robin, ob. cit., p. 296.
- A. Dupuy, "French merchant capital and slavery in Saint-Domingue" en *Latin American Perspectives* California. Issue 46, Vol 12 N° 3. Sage Publications, 1985.
25. J. Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Santo Domingo. Alfa y Omega, 1981; p. 381.
26. H. Klein, ob. cit., p. 75.
27. H. Klein, ob. cit., p. 74.

28. Colección Trujillo, *Recopilación diplomática relativa a las colonias española y francesa de la isla de Santo Domingo, 1640/1701*, Santo Domingo. Ed. Gobierno Dominicano, 1944. T I, p. 136, 159 y ss, 370 y ss, 375, etc; Y. Debbasch, "Los cimarrones de la frontera de Saint-Domingue: Maniel" en R. Price (comp.) *Sociedades cimarronas* México. Siglo XXI, 1981; p. 126.
29. G. Debien, *Cimarronaje en el Caribe francés*, en R. Price, ob. cit.; p. 118.
30. H. Burns, *Voces de protesta de los esclavos negros en Estados Unidos*, Bs. As. EUDEBA, 1964; p. 20.
31. D. Bellegarde, *Histoire du peuple haitien, 1492/1952*, Lausana-Port-au-Prince, 1953; p. 63.
32. S. Commings, *Basic writings of George Washington*, New York, 1927; p. 201.
33. Allan Nevis, *The American States during and after the Revolution*, New York, 1924; p. 17.
34. H. Aptheker, *Historia ...*; p. 95/97.
35. H. Aptheker, *Historia ...*; p. 99.
36. Allan Nevis, ob. cit., p. 56.
37. B. Baylin, *Pamphlets of the American Revolution*, New York, 1958; p. 93.
38. T. Bark-H. Lefler, ob. cit., p. 667/668.
39. H. Aptheker, *Historia ...*; p. 212/215.
40. M. Chevalier, ob. cit., p. 412.
41. J. L. Franco, *Colección de documentos para la historia de Venezuela existentes en el Archivo Nacional de Cuba*, La Habana, 1960; p. X.
42. H. D. Barbagelata, *La revolution franÇaise et l'Amérique Latine*, Paris, 1937.
- R. Caillet-Bois, *Ensayo sobre el Rio de la Plata y la Revolución francesa*, Bs.As., 1929
- A.P. Whitaker, *Latin American and the Enlightenment*, New York, 1942.
- etc, etc.
43. J. Godechot, *Las revoluciones, 1770/1799*, Barcelona. Ed. Labor, 1969.
44. G. Brendler ed al., *Las revoluciones burguesas. Problemas teóricos*, Barcelona. Ed. Crítica, 1983.
45. J. L. Franco, *Colección de documentos para la historia de Venezuela ...*, p. 77.
46. J. Bosch, ob. cit., p. 383/385.
47. A. Cesaire, *Toussaint Louverture. La revolution franÇaise et le probleme colonial*, Paris. Presence Africaine, 1961; p. 70/72.
48. F. A. Wimpffen, *Voyage a Saint-Domingue, pendant les années 1788, 1789 et 1790*, París, 1893. T. II, p. 70.
49. J. Bosch, ob. cit., p. 389.
50. J. von Grafenstein, *Haití*, México. Alianza México, 1988; T. I, p. 57.
51. J. L. Franco, *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe, 1789/1854*, La Habana, 1965; p. 27.

52. Oficio de Manuel González a D. Juan Bautista Vaillant (Kingston, diciembre 13 de 1791) en: J. L. Franco *Colección de documentos ... Haití*; p. 33.
53. J. L. Franco, *Colección de documentos ... Venezuela*; p. XI.
54. H. Aptheker, *Las revueltas de los esclavos negros norteamericanos* Madrid. Siglo XXI, 1978; p. 228.
55. J. Alvarez-E. Gilolmo, *Los jacobinos* Madrid. Cuadernos para el Diálogo, 1970; p. 284.
56. J. L. Franco, *Colección de documentos ... Haití*; p. XXII.
57. A. von Humboldt, *Ensayo político ...*, p. 56.
F. Beytel, *Restauración de un cafetal de los colonos franceses en la Sierra Maestra* La Habana, 1962; p. 3/5.
58. J. L. Franco, *Revoluciones y conflictos ...* ; p. 29/30.
59. M. Izard, *El miedo ...* ; p. 59.
60. J. L. Franco, *Colección de documentos ... Venezuela*; p. X.
61. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 279.
62. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 48.
63. J. Alvarez-E. Gilolmo, ob. cit., p. 380 y ss. por una documentación mas rica, ver A. Cesaire ob. cit.
64. J. von Grafenstein, ob. cit. T. 1, p. 190/191.
65. J. L. Franco, *Revoluciones y conflictos ...* ; p. 36.
66. J. H. Parry-P. M. Sherlock, *A short history of the West Indies* Londres, 1956; p. 63.
67. J. von Grafstein, ob. cit., T. 1, p. 191.
68. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 79.
69. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 103.
70. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 103.
71. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 104.
72. J. L. Franco, *Política continental americana de España en Cuba*, La Habana, 1964; p. 71 y ss.
73. A. Whitaker, *The Spanish-American frontier, 1738/1795*, Boston, 1927; p. 186.
74. J. J. Dauxion, *Lavaysse Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América Meridional* Caracas. Univ. Central de Venezuela, 1967; p. 72.
75. J. L. Franco, *Revoluciones y conflictos ...* ; p. 37.
76. M. Izard, *El miedo ...* ; p. 59.
77. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 79.
78. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 236.

79. O. Patterson, *Esclavitud y revueltas esclavas: análisis sociohistórico de la primera guerra cimarrona, 1665/1740*, en R. Price (comp.), ob. cit.; p. 187/223.
80. J. H. Parry-P. M. Sherlock, ob. cit., p. 41.
81. J. Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, Caracas, 1942; p. 24 y ss.
82. P. M. Arcaya, *Insurrección de los negros de la Serranía de Coro*, Caracas. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1949; p. 25 y ss.
83. E. Troconis de Veraecochea, *Documentos para el estudio de los esclavos negros en Venezuela*, Caracas. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1969; p. 310/314 y 316/317.
84. J. L. Franco, *Revoluciones y conflictos ...*; p. 10.
85. R. Cepero Bonilla, *Azúcar y abolicionismo*, Barcelona. Ed. Crítica, 1976; p. 45.
86. V. B. Phillips, *American Negro Slavery*, New York, 1918; p. 16 y 375.
87. C. Botta, *Storia della guerra dell'indipendenza degli Stati-Uniti d'America*, Torino, 1832; T. III, p. 302 y ss.
88. R. Guerra y Sanchez, ob. cit., T. III, p. 312.
89. A. von Humboldt, *Ensayo político ...*; p. 255/256.
90. J. L. Franco, *Revoluciones y conflictos ...*; p. 41/42.
91. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 104.
92. J. J. Dauxion, ob. cit., p. 71/72.
93. M. Izard, *El miedo ...*; p. 45.
94. P. Grases, *La conspiración de Gual y España y el ideario de la independencia*, Caracas. Instituto Panamericano de Historia y Geografía, 1949; p. 23.
95. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 48.
96. R. Guerra y Sanchez, ob. cit., T. III, p. 124.
97. R. Guerra y Sanchez, ob. cit., T. III, p. 214.
98. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 79.
99. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 80.
100. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 105.
101. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 81.
102. Morison-Commager, ob. cit., T. I, p. 365.
103. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 47.
104. V. B. Phillips, ob. cit., p. 119 y ss.
105. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 237.
106. E. Troconis de Veraecochea, ob. cit., p. 323/324.
107. E. Troconis de Veraecochea, ob. cit., p. 328/330.
108. J. von Grafenstein, ob. cit., T. I, p. 72.
109. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 47.

110. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 277.
111. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 241.
112. V. B. Phillips, ob. cit., p. 242.
113. H. Aptheker, *Las revueltas ...*; p. 246.
114. A. von Humboldt, *Por tierras de Venezuela* Caracas. Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1987; p. 124.
115. A. Viau, *Negros, mulatos, blancos, o sangre, nada más que sangre* ,Ciudad Trujillo. Ed. Montalvo, 1955; p. 108/1211.
116. B. Joachim, *Les racines du sousdeveloppement en Haiti*, París. Ed. Deschamps, 1979; p. 37.
117. C. Mantegazza, *Viaggio del cittadino, C. Mantegazza, milanese, a S. Domingo nell'anno 1802*, Milano, 1803; p. 31/37.
118. C. C. Robin, ob. cit., p. 230.
119. E. Betances, *Las Antillas para los antillanos* , San Juan. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975; p. 53/55.
120. M. Roux de Rochelle, *Estados Unidos de Norte América México*, 1841; p.363.
121. H. Aptheker, *Las revueltas ...* ; p. 97/98.
122. E. Chaning, *A History of the United States* , New York, 1925; T. IV, p. 134.
123. J. L. Franco, *Colección de documentos ... Haití*; p. XXII.
124. J. von Grafestein, ob. cit., T. 1, p. 61.
125. T. Lepkowski, *Haití*, La Habana. Estudios del Centro de Documentación J. F. Noyola, 1969; T. I, p. 36 y ss.
126. M. Kossok, "La sal de la revolución" en *Historia y Sociedad* No. 13. México, 1977; p. 33.
- *Historia comparativa de las revoluciones de la época moderna. Problemas metodológicos y empíricos de la investigación* en G. Brendler et al. ob. cit.
127. G. Pierre Charles, *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, México. Cuadernos Americanos, 1965; p. 25.
128. T. Lepkowski, ob. cit., T. II, p. 20.
129. A. Cesaire, ob. cit., p. 209.
130. A. Cesaire, ob. cit., p. 244/247.
131. R. Korngold, *Citizen Toussaint* ,Boston, 1944; p. 205/206.
132. T. Lepkowski, ob. cit., T. II, p. 19.
133. G. Pierre-Charles, ob.cit., p. 25.
134. A. Cesaire, ob. cit., p. 241.
135. G. Pierre-Charles, ob. cit., p. 25.
136. G. Pierre-Charles, ob. cit.
T. Lepkowski, ob. cit.

137. M. Kossok, ob. cit., p. 32.
138. B. Joachim, ob. cit., p. 37.
139. R. Pattee, ob. cit., p. 114.
140. G. Pierre-Charles, ob. cit., p. 32.
141. J. von Grafenstein, ob. cit., T I., p. 79.
142. J. Barskett, *History of the island of St. Domingo, from its first discovery by Columbus to the present period*, Londres. Frank Cass, 1972; p. 321/322.
143. G. Pierre-Charles, ob. cit., p. 33/34.
144. T. Madiou, *Histoire d'Haiti*, Port-au-Prince, 1847; T. I, p. 110.
145. M. Kossok, ob. cit., p. 29.
146. C. Levy, *Emancipation, Sugar and Federalism: Barbados and the West Indies, 1833/1876*, Gainesville. University Presses of Florida, 1924; p. 20 y ss.